Editorial Andrés Bello

100

La vida real del siglo XX y un cuento relatado en las noches, cuya acción se desarrolla en el siglo XV, se entrecruzan en esta primera novela de Ana María Güiraldes. Y así sucede hasta que la ficción –que no es sino el pasado de la protagonista– se comienza a vivir como realidad.

El estilo ágil, entretenido y natural de la autora despierta de inmediato el interés del lector, a quien se le hace difícil dejar el libro antes de llegar al desenlace.

La vida diaria y el mundo de la imaginación, donde todo es posible, se unen a través de Etelvina y de Francisco, un niño que se convertirá en el protector de la joven bruja y que, audazmente, intervendrá para lograr que el cuento del siglo XV tenga un final feliz.

A PARTIR DE 11 AÑOS
NIVEL 3

9 789561 309258 >
ISBN: 956-13-0925-4

Editorial Andrés Bello

Ana María Güiraldes

UN EMBRUJO DE CINCO SIGLOS

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Primera edición, 1991
Segunda edición, 1992
Tercera edición, 1994
Cuarta edición, 1995
Quinta edición, 1996
Sexta edición, 1997
Séptima edición, 1998
Octava edición, 1998
Novena edición, 1999
Décima edición, 2000
Undécima edición, 2001
Duodécima edición, 2003
Decimotercera edición, 2003
Decimocuarta edición, 2004
Decimoquinta edición, 2005
Decimosexta edición, 2006
Decimoséptima edición, 2006

© ANA MARIA GÜIRALDES

© EDITORIAL ANDRES BELLO
Carmen 8, 4° piso, Santiago

Registro de Propiedad Intelectual
Inscripción N° 78.293
Santiago - Chile

Se terminó de imprimir esta decimoséptima edición
de 5.000 ejemplares en el mes de abril de 2006

IMPRESORES: Productora Gráfica Andros Ltda.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN: 956-13-0925-4

ANA MARIA GÜIRALDES

UN EMBRUJO DE CINCO SIGLOS

ILUSTRACIONES DE
CARLOS ROJAS MAFFIOLETTI

EDITORIAL ANDRES BELLO

INDICE

UNA MUJER DELGADITA 9

ETELVINA TRABAJA CONTENTA 17

EL CUENTO DE ETELVINA 25
—La princesa bruja. Primera parte 26

LA PRIMERA SALIDA 31
—La princesa bruja. Segunda parte 35

ROBERTO, EL ARTESANO 40

MELIBERTO Y MELIBERTO 47
—La princesa bruja. Tercera parte 49

LLEGA LA ABUELA 55
—La princesa bruja. Cuarta parte 59

ETELVINA ES SORPRENDIDA 67
—La princesa bruja. Quinta parte 73

¿HADA O BRUJA? 79

POR ULTIMA VEZ, EL CUENTO 84
—La princesa bruja. Sexta parte 85

¡BUSQUEN A ETELVINA! 94

MAS SORPRESAS 100

VIAJE AL SIGLO XV 108

UN ALMUERZO CON SOBRESALTOS 115

ETELVINA Y MELIBERTO 123
FRANCISCO, PAJE DE ETELVINA 130
SORPRESA Y ADIOS 137
EL REGRESO 144

La autora y su obra 149

UNA MUJER DELGADITA

Etelvina abrió los ojos. En forma instintiva extendió una mano para detener el vuelo de su amplia falda de seda gris... y algo duro pinchó sus dedos. Un grito de sorpresa escapó de su garganta: ¡estaba en lo alto de una palmera!

Cerró nuevamente los ojos. No hace mucho, descendía los trescientos escalones de su hogar con el maletín de viaje, acompañada de su madre. Y claro... ahí, a su lado, estaba la valija con estampados de lunas, soles y dragones.

Sin intentar moverse, en medio de ese ruido desconocido y molesto, y con una inquietud muy parecida a la angustia, trató de serenarse.

Hasta ella llegaron sonidos de voces, risas fuertes y gritos de niños; sintió el sol en su cabeza y las ramas entre sus manos. Escuchó los latidos de su corazón, cada vez más ligeros, como tambores en sus oídos; recordó lo terrible que había sucedido en su hogar y, aferrada a su maletín, lloró. Ya no le cabía duda: se iniciaba su castigo.

Estaba en el siglo XX.

Dejó pasar unos minutos hasta sentir que su cuerpo y su mente volvían a la normalidad. Poco a poco intentó adoptar una posición más cómoda arriba de ese colchón de hojas puntiagudas, y movió sus pies en busca de un buen apoyo.

Hasta que, acurrucada entre el ramaje duro, tomó fuerzas para mirar hacia abajo.

Sus ojos pequeños y tristones se movieron de allá para acá. Allá, unos aparatos se desplazaban a toda velocidad por una calzada brillante; acá paseaban algunas personas entre árboles y flores; allá, unas casas pequeñas en comparación con su hogar; por acá, otras inmensas, repletas de ventanas; por allá, unos niños jugaban con el agua de una pileta. Casi sonrió. El lugar era hermoso, colorido de flores y sombreado de árboles. Un hombre caminaba mientras leía y una anciana le conversaba a un perro.

¿Y eso era todo? ¿Nada más le ofrecía el siglo XX? ¿Nada más, aparte, claro está, de esa sensación horrible que le apretaba la garganta? Soltó una lágrima y sólo la apreció un gorrión que pasó aleteando cerca de su cabeza.

Ay, Etelvina, debes mirar bien a la gente: de ellas depende tu felicidad o infortunio en el castigo, recuérdalo...

Y volvió a mirar.

Dos perros se perseguían y dos niños de la pileta los imitaron. La pileta la tenía casi hipnotizada: ¡qué chorro tan potente lanzaba hacia lo alto! Pero un chorro de agua no era suficiente para hacerla feliz. ¿Es que no había ninguna familia en ese lugar? ¿Ninguna señora de rostro gentil y confiable ante quien presentarse, diciendo: "Buena mañana: ¿sería usted tan gentil de ayudarme en mi infortunio, para no verme obligada a vagar en esta ciudad desconocida y en este siglo que me es ajeno?"

—¡Oh, Grande entre los Enormes, creo que fuiste demasiado severo! —gimió aferrada a una rama de bordes punzantes.

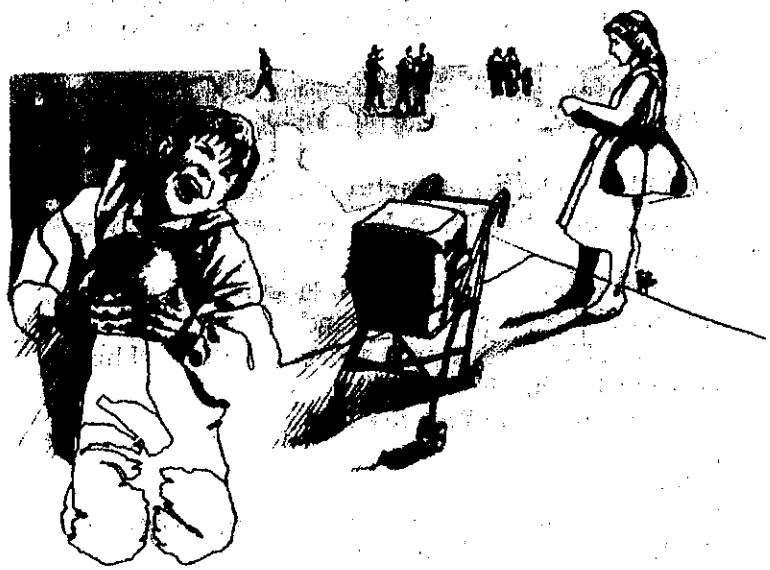
Justo en esos instantes, cuando iba a comenzar a llorar fuerte porque se le vino a la memoria el amado rostro del que casi fue su novio, y sentía que estaba absolutamente sola en el mundo, tan sola que más valía dejarse secar allá arriba al sol, llegaron a la plaza una mujer y sus tres niños. Desde la palmera Etelvina la vio. Arrastraba un cochecito. Un par de piernas se agitaban desde unas sábanas celestes. Apenas la señora tomó asiento en el banco de madera el niño y la niña salieron corriendo. El lanzó una pelota por el aire, y ella la trató de recoger.

Esa era una familia.

Etelvina se acomodó de nuevo. La esperanza la hizo suspirar entrecortado, y sus ojos se prepararon para no perder ni un detalle.

"Elige bien, Etelvina; debe ser buena, muy buena..."

Parecía buena. Tenía modales alegres, como si aún le quedara mucha infancia en el corazón. Veía correr a sus hijos y aplaudía, luego tocaba un talón del bebé y le lanzaba un beso. Le gustaron sus mejillas redondas y cejas arqueadas como si estuviera siempre preguntando. Sí, era la indicada. Sobre todo, pensó Etelvina, porque una mujer que espera en



un banco de madera, a todo sol, en lugar de estar tendida junto a un plácido pantano tomando jugo de granadas, tiene que ser una mujer buena.

Abajo, la mujer de ojos risueños hacía cosquillas a los pies de Sebastián.

Arriba, la mujer de ojos tristes se ponía de pie. Apretó bien firme su maletín y miró hacia el frente. Entonces pareció que en la plaza todos los colores se hubieran molido y una ráfaga luminosa salió disparada hacia ella. Fosforecieron en torno a su cuerpo y una gran mancha azul la rodeó. Ella levantó los brazos y comenzó a deslizarse por el tronco de la palmera, lenta como una gota.

De pronto el niño dejó de darle botes a su pelota, y la envió con un gran puntapié hacia la calle. Etelvina tocó tierra, y vio que un vehículo se acercaba, veloz. La mano del maletín se extendió hacia un manchón de flores amarillas, y algo zumbó junto al niño que vio a la pelota dar un giro justo cuando una de las ruedas del auto la iba a aplastar... Suavecita rodó hasta las sandalias de la joven que esperaba con sonrisa inocente.

—Vaya, vaya... ¡suerte pura! —dijo Etelvina.

El niño se acercó a recoger su pelota con una mirada de asombro.

—¡Dio una vuelta en el aire! —comentó.

—Yo creo que fue un golpe de viento caracoleado —replicó ella.

En esos momentos se acercaron la señora, la niña y el cochecito con el par de pies pataleando.

—¿Es tu familia? —su sonrisa esta vez dejó ver el hueco en la encía por la falta de un diente.

—Sí: mi mamá, Claudia y Sebastián.

—¿Y tú?

—Francisco. ¿Y tú?

—Etelvina... —miró a la señora, hizo una venia, y la saludó—: Buena mañana tenga usted.

Elena, incómoda ante esa joven delgada y de cabellos lacios que la miraba fijo, intentó una semisonrisa, y se quedó parada con la sensación de que debía esperar algo.

—Buena mañana —respondió entonces, pero se sintió algo ridícula porque ella no hablaba así.

En esos instantes Claudia, con una voz limpia parecida a la de su madre, apuntó la palmera y guiñando los ojos para protegerse del sol, pidió:

—Enséñame a volar igual que tú, ¿quieres?

El sobresalto de Etelvina no lo notó nadie.

Elena tomó la mano de Francisco, como para volver a su banco, pero sintió que algo le impedía moverse. Más bien, no quería moverse. No podía dejar de mirar a la joven de ojos pequeños y tan tristes.

Y de pronto Etelvina sintió una inspiración.

—Necesito trabajo para tener un hogar.

Elena escuchó la voz. Ese acento especial que pronunciaba todas las letras sin saltarse ninguna, recorrió su mente y descendió hasta el centro de su pecho. Sintió que "necesito trabajo" significaba "estoy sola y tengo miedo". También sintió que significaba, por encima de todo, "la necesito". Y, más aún... ¡sí, más aún! comprendió de pronto y de golpe que era *exactamente* la persona ideal para tener en su casa. Lo que tantas veces le había dicho su marido. Lo que justo esa mañana habían conversado.

—¿Le gustan los niños? —se encontró preguntando.

Etelvina movió la cabeza de arriba hacia abajo con energía.

—Me gusta porque sabe volar y porque le están saliendo los dientes igual que a Sebastián —dijo Claudia. Y le tomó la mano, libre del maletín.

Etelvina, colorada, colocó la lengua en el hueco de la encía.

—¿Y tú? ¿Qué opinas? ¿Te gustaría que fuera a casa con nosotros? —preguntó Elena a Francisco.

La mirada seria y reflexiva del niño asustó a la joven recién llegada. Sin embargo, él sólo se encogió de hombros y no despegó su vista del maletín con estampados de lunas, soles y dragones.

—¿Qué guardas allí?

—Adminículos sin importancia —respondió ella.

Aún la señora no decía "vamos". Etelvina ya no escuchaba el ruido molesto de los vehículos, ni las conversaciones de los demás. Sólo estaba pendiente de los labios de esa señora de cara redonda y cejas arqueadas. Pero el mundo volvió a sonar y su corazón a latir cuando, con tono pausado, dijo:

—Está bien: vamos a casa, Etelvina.

El trecho que demoraron en caminar hacia el hogar de su nueva familia lo recorrieron conversando. Les divertía escucharla, con su hablar atolondrado, como si se arrepintiera a mitad de camino de lo que iba a decir e iniciara una nueva frase que también dejaba inconclusa. Su voz aguda a veces terminaba en una risa y usaba palabras curiosas que no siempre comprendían. Así supieron que venía llegando, pero no supo explicar de dónde, y que vivía muy lejos, muy lejos, y que a lo mejor su hogar ya no existía; cuando le preguntaron por segunda vez qué llevaba en el maletín, respondió que era lo único que había alcanzado a guardar antes del viaje, y cuando quisieron saber de qué viaje se trataba, ella respondió que del mismo viaje que les había contado hacía unos momentos.

—¡Es que todavía no te entendemos nada! —exclamó Francisco.

—¡Ni yo tampoco! —rió ella, con la lengua en el hueco de la encía.

Había llegado. Estaban ante una casa blanca, de dos pisos. La alegría de una enorme enredadera la cubría entera de hojas. De cada ventana colgaba un balcón; de cada balcón

varios maceteros, y de los maceteros nacían tallos pequeños y verdes que despuntaban en coloridos y formas.

Se sintió transportada hacia el interior por la débil fuerza de Claudia.

—¿Dónde dormirá? —preguntó su vocecita chillona.

—En el dormitorio que da hacia el patio. Espero que te guste, Etelvina. No es muy grande, pero... —hablaba con su tono plácido.

Etelvina alcanzó a ver unos sillones, una escalera, una especie de cocina, y entraron a un dormitorio cuadrado. Elena descorrió unas cortinas transparentes, para que la joven viera los arbustos que sombreaban a medias el pedazo de patio; luego se inclinó para estirar el cubrecama con puntitos de todos colores y borrar la marca de unos zapatos con tierra.

—Los niños a veces juegan aquí... Ahora es el dormitorio de Etelvina, ¿de acuerdo? —advirtió.

Etelvina aspiró con fuerza y su pecho delgado se elevó. Ahora tenía una familia y una casa. Oh, no como su casa, pero qué importancia tenía eso ahora. Tendría que aprender muchas cosas, ayudar en lo que se le pidiera. Oh, y ella estaba acostumbrada a mandar. Pero no estaba sola. Oh, sí, estaba sola.

—Gracias, señora Elena —dijo con los pequeños ojos arrasados.

—¡Pero no llores, niña! —exclamó ella, preocupada.

—Es la felicidad pura —respondió Etelvina, apretando sus manos con fuerza.

—Bueno, déjenla sola para que se acostumbre. Después nos llamas —dijo Elena, tomando de la mano a sus hijos y mirando al pequeño que dormía feliz en su coche con un dedo en la boca.

Claudia le sonrió y su cara redonda se achicó aún más. Francisco le hizo un gesto vago con una mano, y salieron.

Desde adentro los escuchó cuchichear mientras se alejaban. También oyó el llanto de Sebastián al despertar y los pasos al subir la escalera hacia el segundo piso.

De pie ante su nuevo dormitorio, Etelvina respiró hondo, hondo. Caminó tres pasos hasta enfrentarse con un espejo que colgaba de la pared; apoyó sus manos en una cómoda de madera oscura y palitos torneados, igual a la cama, y susurró a su imagen:

—Etelvina: olvida que acabas de llegar del siglo XV. Olvida que el Grande entre los Enormes te envió al castigo por amar a un mortal. Olvida a Meliberto. Olvida que eres una bruja, y trata de ser feliz.

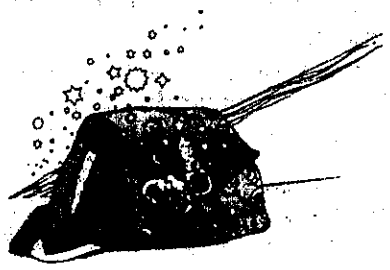
Pero mientras contemplaba un hermoso florero transparente que dejaba ver los tallos de unas flores y lo cambiaba de lugar sobre la cómoda, se dio cuenta de que era muy difícil olvidar tantas cosas al mismo tiempo. Y, como a veces le sucedía, le cambió de un momento a otro el humor.

—Bueno —suspiró—. De Meliberto, por lo menos, no me pienso olvidar.

Así es que, entonando a media voz una canción que hablaba de melocotones y laúdes trovadores, gritó con su voz aflautada:

—¡Niños! ¡Estoy lista para conocer vuestro hermoso hogar!

Eduardo, en esos momentos, entraba a la casa. Y miró con sorpresa a su mujer que corría con Sebastián en brazos a explicárselo todo.



ETELVINA TRABAJA CONTENTA

No le fue tan difícil acostumbrarse al siglo XX. Si ella era capaz de entender que algo pudiera aparecer y desaparecer para luego hacerse visible, menos misterio significaba apretar un botón e iluminar la casa de noche, apretar otros para que una máquina sacara brillo al piso y otra batiera huevos. Lo que sí la descontroló un poco fue el televisor.

Fue su primer error, y lo cometió el mismo día de su llegada.

—¿Y eso? —preguntó a Claudia.

—¿Y eso qué?

—¿Qué es?

—¡La tele, pues, Etelvina! —rió la niña. Y la encendió.

Cuando la horrorizada joven vio a un hombre mirarla fijamente en la pantalla, sus labios se movieron: el hombre se desarticuló en un prisma de colores. La imagen quedó estática, como un calidoscopio muerto.

—¡Qué hiciste! —Francisco estaba pálido.

—¡Etelvina es maga! —aplaudió Claudia.

Reaccionó:

—Se malogró la caja, ¿verdad?

—¡Estaba buena! —insistió Francisco.

—¡Está buena! —respondió ella.

De nuevo el hombre hablaba en la pantalla.

Desde ese día había cuidado sus movimientos. Y todos en la casa la consideraban algo estrafalaria, pero nada más.

El que más estrafalaria la consideraba era Eduardo. Siempre le hacía preguntas, sólo por el gusto de verla reaccionar. Y eso a Etelvina la ponía en aprietos y evitaba las respuestas con risitas o silencios. Definitivamente prefería a Elena. No porque él usara barba y bigotes o fuera tan alto y con mirada seria y sonriera poco, sino porque a veces lo escuchaba discutir con su mujer, siempre tan pacífica, que jamás lo contradecía.

Esa tarde, cuando Etelvina regaba el jardín, fascinada de ver brotar agua de algo tan parecido a una serpiente sin vida, escuchó sus voces.

—Si ya tienes quien te ayude en la casa, deberías pensar en preocuparte un poco de ti misma —dijo Eduardo en tono serio.

Elena, su voz plácida, respondió:

—Me gusta estar aquí.

—¿No querías estudiar pintura? —insistió él.

—Estudié pintura —replicó ella, alegre.

—No terminaste pintura. Nos casamos, ¿recuerdas? —recalcó Eduardo con ese tonito que crispaba a Etelvina.

Desde el jardín supo que su protectora hacía ese gesto característico y pacífico de suspirar con las cejas bien elevadas y mirar hacia otro lado. Y también supo que Eduardo movía la cabeza como diciendo "no hay caso".

Por eso, sin importarle que se anegara todo, dejó la manguera sobre unos rosales y apareció en la sala:

—Perdón, don Eduardo, pero quiero decirle algo.

Eduardo levantó la cabeza de su libro y Elena dejó de hermanar calcetines.

—Di lo que tengas que decir —respondió él algo seco.

Etelvina respiró hondo hasta que su pecho se elevó en unos centímetros y apretó una mano contra la otra.

—Si la señora Elenita quiere reiniciar su pintura yo estaría en condiciones de velar por la casa. Pero sólo si ella

quiere. Porque es terrible que a una la obliguen a hacer lo que no quiere. Yo lo digo por experiencia propia —se estaba poniendo cada vez más nerviosa y elevaba el tono de la voz—, y lo sufro en mi castigo...

La expresión molesta de Eduardo se transformó en asombro:

—¿Castigo? ¿Quién te castigó?

Ya había hablado de más. Trató de explicar:

—Digo que es un castigo hacer lo que no se quiere. Y yo hago lo que no quiero. Es decir, me castigaron y...

—¿Quién te castigó? —insistió Eduardo, de nuevo molesto.

—Aquí no... en mi cast...en mi casa. Pero hace tiempo —trenzaba los dedos, y trató de pedir ayuda con los ojos a Elena que no entendía nada.

Hizo un intento de escapar hacia el jardín, pero Eduardo ya estaba curioso.

—Espera, Etelvina. ¿Alguien te castigaba en tu casa? —su tono era el del abogado joven que encuentra un caso para defender.

—¡Oh, no! —se horrorizó ella. ¡Qué mal estaban interpretando todo!—. Mi madre es una rei... mi madre es sólo severa con sus subd...mi madre es severa, pero justa... ¡Además fue el Máx...! Además fue otra persona la que me cast...pero fue justo! ¡No, no fue justo!

Desesperada, dio media vuelta y se encerró en la cocina.

Ay, Etelvina, cállate.

Elena se puso de pie, quiso seguirla, y Eduardo la detuvo con un gesto:

—¿Todo el tiempo es igual esa pobre niña? ¿Se descontrola tanto delante de los niños? ¿Sabes bien de dónde viene, como me dijiste? —sus preguntas revelaban más preocupación que dureza.

Elena, sin perder su calma y con una sonrisa suave, respondió:

—Es la mujer más buena que he conocido. Despreocúpate. Sólo es algo nerviosa. Y tú aumentas su nerviosismo con tus preguntas.

—¡Yo! —exclamó él, molesto de nuevo.

Y volvió a su libro con el ceño fruncido igual al que a veces lucía Francisco.

Elena entró a la cocina. Etelvina estaba ante el chorro de agua, mojándose las manos. Miró a su protectora:

—Yo sólo quería ayudarla y no me resultó —hizo saltar agua y agregó—: me encanta eso de abrir una manillita y que salga agua pura.

Elena iba a preguntar otra cosa, pero tuvo que decir:

—Es que Eduardo no te entiende, Etelvina. ¿De dónde vienes, realmente?

—De mi casa.

—Sí, pero ¿dónde estaba tu casa?

—En... hace tiempo... en España: ¿Qué vamos a preparar de comida?

—¡Ya lo sé que en España!, pero ¿y ahora? —movió la cabeza.

Y, como de costumbre, no quiso seguir preguntando. Ya se había dado cuenta lo especial de esa joven mujer que tenía en su casa. A veces adoptaba una personalidad tan segura de sí misma que no le importaba pedirle que le preparara una taza de té, y otras, humilde y sumisa, la seguía por la casa con los ojos tristes. Como cuando miraba un punto indefinido en el aire y suspiraba por algo que nadie entendía. Era un desastre para cocinar, y sin embargo hacía unos aseos perfectos, a puertas cerradas, con ruidos simultáneos de aspiradoras y traperos.

—Hagamos una tortilla de papas para la comida —dijo al fin la señora, y se inclinó para levantar con esfuerzo un canasto de mimbre.

—Puaf... nunca me gustaron, ni siquiera con guarrapillos —refunfuñó Etelvina.

—¿No? Pues, aquí se come de todo —repuso Elena.

—Yo siempre le digo al cocinero que haga salsa de chinchipati... —comentó Etelvina, y se calló.

—¿Cocinero? —quedó con una papa en la mano.

—¡Yo le voy a preparar la salsa de chinchipati! ¡Déjeme! ¡Vaya usted a pensar en sus clases de pintura... porque seguirá con sus clases, ¿verdad? —Etelvina hablaba en voz alta pero lenta, entre feliz y asustada.

—¿Te sientes bien?

—Si como... como salsa de chinchipati... todos nos sentiremos bien. Hasta el seriote de don Eduardo ¡perdón! —y rió.

Elena ni se dio cuenta cuando estaba riendo con Etelvina a carcajadas. Salió de la cocina, y se instaló junto a su marido que esperaba algún comentario sobre lo que había sucedido allá adentro. Pero Elena se limitó a seguir ordenando calcetines, hasta que él preguntó:

—¿Qué opinará mi mamá cuando llegue? ¿Entenderá algo de ella?

Su mujer lo miró, con los ojos bien abiertos, y sofocó otra risa.

Mientras tanto, en su habitación, Etelvina abría su maletín con estampados de lunas, soles y dragones. Apareció un sombrerito de seda negra con un alfiler de plata. Apenada, se lo puso. Parecía una muñeca endeble vestida de fiesta. *Ay, brujita, no te apenes ahora.* De inmediato la rodeó una leve luz azul.

Sus labios se movieron apenas para decir, con las manos extendidas:

Almendras peladas por mano de bruja
salsa de dorados chinchipatis
chinchipatis dorados en fuego de dragón
conviértanse en salsa
¡Y san se acabó!

La luz se concentró en las manos. Y de pronto sostuvo una caja de la que se escapaba el exquisito aroma de algo dorado y meloso.

Guardó el sombrero luego de limpiarlo de polvo inexistente. Abrió la puerta y entró directamente a la cocina. "¿Habrá copas de cristal en esta casa?" —se preguntó, rebuscando en los armarios—. En lo alto del mueble de la loza encontró una docena de copas de alto pie y de un cristal bastante fino, según su mirada experta. Dispuso cinco sobre el mesón, abrió la caja y dejó caer dentro de cada una un largo chorro de esa pasta satinada y de color castaño.

Un aroma desconocido llenó el comedor.

Eduardo olió, interesado.

—¡Usted olfatea igual que el Grande entre los Enormes! —exclamó Etelvina caminando hacia la mesa con su comida.

—¿Que quién?

—Que nadie... —se asustó—. Es... el personaje de un cuento para niños...

La familia entera saboreó la extraña salsa. Nadie pudo descubrir de qué se trataba, pero sentían que les alegraba hasta las uñas.

—La felicito —dijo Eduardo.

—Lo hice más que nada por la señora y los niños —respondió ella.

—¡Etel! —susurró Elena.

—Pero, ya que a usted le gustó... la próxima vez lo haré por usted también —sonrió con timidez.

Eduardo, desconcertado, dobló su servilleta.

—Etel, ¿verdad que tú sabes contar cuentos? —dijo de pronto Claudia.

—Sí, mi doncellita. Y esta noche les voy a contar uno —dijo Etelvina, tratando de apilar los vasos sin quebrar ninguno.

—Ojalá que sean como los de la abuela —murmuró Francisco—. Me gustan los misterios.

Entonces, como recordando algo muy importante, Eduardo palmeó su frente y anunció:

—¡Se me olvidaba, niños: la abuela avisó su llegada para el próximo mes!

Los gritos de felicidad de Francisco y Claudia llenaron por unos instantes el comedor. Etelvina, asustada, miró a Elena.

—No te preocupes: es muy buena —dijo ella.

"Espero —se dijo Etelvina—. Cada día es más difícil controlar mi lengua. Hablando lo menos posible mi vida resultará mucho más fácil".

Pero, ¿quién podría asegurarle que sería más feliz?

EL CUENTO DE ETELVINA

Al anochecer, cuando Elena y Eduardo conversaban en voz baja en el jardín para aprovechar el frescor de esa hora y hacer planes para el futuro, Etelvina se reunió con los niños en el dormitorio de Claudia. Estaban con sus pijamas puestos y reían en voz baja para no despertar a Sebastián que dormía en la pieza vecina.

—¡Hola! —dijo alegremente—. ¿No tienen sueño todavía?

—No, y yo te estaba esperando para el cuento —respondió Claudia, sonriente como una margarita.

—¿Y tú, Francisco? ¿Quieres que te cuente un cuento? —preguntó Etelvina.

El niño se encogió de hombros.

—Es un cuento de princesas y reinas —aseguró ella.

—A mí esos cuentos no me interesan. Me gustan de misterio, ya te dije —respondió él, indiferente.

—Pero si tú te quedas, mi cuento resultará mucho más bonito, porque estaré rodeada de los niños que más quiero en el mundo —su tono fue algo triste.

Francisco no respondió. Pero tomó asiento junto a su hermana.

Etelvina, radiante, se acomodó. Antes de mirar el techo para elegir palabras bonitas y comenzar su cuento, advirtió:

—No me interrumpan, porque se me corta el hilo de la historia, y me ponen nerviosa.

—¿Cómo se llama el cuento? —preguntó Claudia.

—Eh... creo que se llama *Castigo de bruja*. No, mejor, *la princesa bruja*. No me gustan los castigos.

LA PRINCESA BRUJA

PRIMERA PARTE

Hace mucho, mucho tiempo, tanto tiempo que recién se terminaba el siglo XV, vivía en España una reina. Tenía los cabellos más negros que sombra de invierno, ojos tan negros como pozo sin fondo y usaba un vestido y sombrero negros como mermelada de zarzamoras. Era muy severa, y poseía poderes mágicos como todos los que allí vivían. Se llamaba Arévalo y era la reina de las brujas.

Su hija única, la princesa Malvina, la admiraba y deseaba llegar a ser algún día como ella.

El padre de Malvina, el rey Morrón, había muerto cuando ella tenía apenas cinco años. Recordaba, eso sí, a un brujo simpático, con su corona caída sobre una oreja, quien la hacía saltar sobre sus rodillas y le contaba historias fantásticas sobre caballos voladores y dragones tristes. Era un brujo que no gustaba de la magia y trataba de vivir tranquilo, sin escuchar las continuas órdenes de su esposa para que gobernara como un rey hecho y derecho o para que dejara de poner caras graciosas a las visitas o al Máximo Brujo cuando los iba a visitar. Pero lo que nunca perdonó Arévalo a su Morrón fue que hubiera muerto de esa manera tan estúpida: por hacerse el chistoso ante sus súbditos y cabalgar con los ojos cerrados a lomo de un dragón enano, chocó contra un árbol y se quedó ahí, inmóvil y con una sonrisa.

Por eso trató de hacer de su única hija una princesa lo más seria posible, para que algún día la sucediera en

el trono y rigiera al resto de los brujos con justicia, pero también con severidad.

El castillo negro donde vivían estaba en el medio de un campo, alejado de todo, y a veces les llegaban noticias de lo que sucedía en el mundo de los humanos, como guerras y enfermedades.

Ese mundo de los mortales, al que los brujos no ingresaban porque las leyes se lo prohibían, se encontraba muy lejos. Y como los brujos vivían unos de otros algo distantes, estaban, se puede decir, aislados.

Malvina creció muy sola.

Tenía como mascota a un enorme sapo llamado Celso, y él la acompañaba en sus paseos por la orilla del pantano, cuyas aguas tranquilas como sopa de pollo gustaba contemplar por las tardes. Porque la princesa, desde que cumplió catorce años, se había convertido en una niña romántica. Siempre imaginaba que algún día, desde la otra orilla, un brujo varonil le enviaría un mensaje de amor con sus pupilas.

No era muy linda Malvina. Pero su rostro era tranquilo, con ojos pequeños y brillantes y nariz puntiaguda. Su gracia consistía en su forma de conversar, rápida y atolondrada, y en sus risas algo estruendosas cuando se equivocaba. La gente del castillo la quería mucho, justamente por su carácter parecido al del rey Morrón: a veces triste y a veces alegre. Nunca igual.

Una tarde, cuando la princesita hacía una semana que había cumplido dieciséis años, la reina Arévalo apareció en el dormitorio. Tras ella avanzaba una brujita de altos pómulos y ojos rasgados y oblicuos.

—¡Prima Marisapo! —gritó feliz Malvina.

Marisapo la saludó con una sonrisa tiesa, y se dejó caer en la cama.

—Ah, qué viaje molesto —suspiró.

—Envié por tu prima, porque debo partir a presidir la convención anual de brujos. Te he notado silenciosa estos últimos días. Marisapo te alegrará —dijo la reina con una voz sin inflexiones.

—¿Te vas? —se apenó la princesa.

—Ahora mismo.

Acomodó su pequeño sombrero negro de seda con alfileres de plata y se irguió en toda su majestuosidad.

—El Grande entre los Enormes vendrá conmigo a mi regreso: desea inspeccionar el castillo. Te ruego que tengas todo en orden y a los mozos prestos a ayudar.

—Sí, mamá —obedeció Malvina.

Marisapo seguía displicente de espaldas en la cama. Sus ojos verdes e intensos vagaban por el techo.

—Acompáñenme —dijo Arévalo, casi sin despegar los labios al hablar.

Bajaron interminables escaleras, presididas de la reina que se deslizaba con suavidad. Y luego, de pie ante la puerta de ébano, las primas la vieron alejarse en su carro de niebla arrastrado por ocho dragones ataviados de plata.

Esa misma tarde Malvina llevó a Marisapo a dar una vuelta por el pantano.

—¿Conoces a algún muchacho? —preguntó la prima. Observaba con indiferencia la extensa planicie donde unos grandes cerros cortaban la línea del horizonte.

—Casi a ninguno —respondió la princesa bruja, a punto de decir "a ninguno en realidad".

—Te debes aburrir horrores —observó ella. Sus ojos seguían deambulando.

De pronto los entrecerró y quedaron convertidos en dos ranuras verdes.

—Alguien viene hacia el pantano —murmuró, inmóvil.

—¿Quién? —Malvina la imitó. Enfocó bien y sus ojos dieron lugar a dos puntos brillantes y oscuros.

—Ohhh..., ohhh... —exclamaba Marisapo.

—Sí... ohhh... —imitó su prima—. Me gustan sus ojos... Son tan distintos..., ohhhh.

Siguieron en muda contemplación por un rato. Hasta que las ranuras verdes y los puntos brillantes se fueron agrandando a medida que la figura de un muchacho tomaba forma y se detenía, al fin, a la otra orilla del pantano.

El miró hacia ellas.

Primero a Malvina. Luego a Marisapo. Y a Malvina.

El pantano largo y angosto estaba en silencio. Los sapos buceaban y sólo sus patas aparecían de cuando en cuando.

Y desde ambas riberas una mirada flotó sobre las aguas quietas.

—¡Y ahora tengo que irme a dormir! —anunció Etelvina.

—¡Etel, era tan entretenido! —refunfuñó Claudia, como saliendo de un sueño.

—¿Y es de puro amor tu cuento? —preguntó Francisco, no muy convencido.

—Amor, peleas. ¿Y quién sabe si hay misterio también? —respondió ella con una sonrisa algo temblorosa.

Arropó a la niña que ya cerraba sus ojos, y tomó la mano de Francisco para llevarlo a su dormitorio.

—Ya estoy grande: me sé ir solo —dijo él, incómodo.

—Yo también soy grande, y me gustaría mucho que alguien se preocupara por mí —repuso Etelvina.

Lo dejó en el pasillo, y volvió su rostro.

Francisco alcanzó a darse cuenta de que la había hecho sufrir.

Cabizbajo, se fue a su cama.

LA PRIMERA SALIDA

La voz de Elena mezclada con chillidos de Sebastián despertó a los niños.

—¡Es que no me gusta salir!

—¡Pero si te vas a entretener! ¡Verás qué lindo es el supermercado!

—¡Me mareo con el gentío!

—¿No dices que viviste en España? ¡Allá hay más gente todavía!

—¡Pero yo casi no veía gente! O sea... veía, pero no así...

—No seas porfiada.

Francisco y Claudia se asomaron desde la baranda de la escalera, despeinados y en pijamas.

—¡Espéranos, mamá, queremos ir! —gritó el niño.

—¡Les doy diez minutos! —exclamó, alegre, Elena.

Pero, en medio de una rabieta de Sebastián que mostraba sus encías hinchadas y la brujita que trizó dos tazas en el lavaplatos, pasó media hora antes que todos estuvieran instalados en el auto.

Etelvina, muy tiesa en el asiento de atrás, luchó por mantener la calma. No podía decir que jamás se había subido a ese tipo de vehículos: los había aprendido a odiar por el ruido y la velocidad, tan distintos a los carros de niebla de su gente. No podía preguntar qué era un supermercado, ni cómo se las arreglaría Elena para no incrustarse de frente contra los otros autos que se le venían encima. Los frenazos

la lanzaban adelante y, cada vez que partía, el cuerpo delgado rebotaba, y Claudia lanzaba risas estruendosas.

Cuando, al fin, descendieron, Elena le entregó un carrito para ir depositando las compras. Etelvina abrió bien los ojos para no cometer errores.

Suspiró fuerte cuando leyó en un tarro de conservas "Importado de España".

—¿Qué te pasa? —dijo Elena, concienzuda ante los tomates.

—¿Usted sabe algo del mundo, señora Elenita? —preguntó, con el tarro aferrado al pecho.

—Bueno, algo sé, pero...

—Háblame de España, en el siglo XV... a finales del siglo XV —musitó, segura de que los niños no la escuchaban.

Elena la quedó mirando. Lanzó una risita, y se puso seria. Rió de nuevo, confusa.

—No me pongas en aprietos, Etel, ¿qué quieres saber? ¿Y por qué de ese siglo? —tomó el carro, y siguió caminando mientras Sebastián, instalado en el asiento, manoteaba tratando de alcanzar todo lo que veía.

Etelvina no respondió. Resignada, Elena puso cara de concentración.

—A ver... A fines del siglo XV, en España se terminaba con la expulsión de los moros...

—Asunto sabido —dijo la bruja.

—Bueno, bueno, entonces... lo más importante es que la reina Isabel I de Castilla le da la posibilidad a Cristóbal Colón para que se embarque y descubra América... No sé, tendría que ver la Enciclopedia... —elegía unas latas de arvejas.

—¡Y lo hizo entonces el loco! —murmuró Etelvina.

—¿Quién es el loco?

—El loco... y yo que me iba a embar... —Etelvina estaba pasmada. Y siguió hablando para sí—. Claro, o si no, yo no estaría aquí. Pero, parece increíble...

—¿Qué te pasa a ti? —Elena la miró de frente.

La bruja salió de sus meditaciones en forma brusca. Reaccionó, y volvió a su tono melancólico.

—Es que me gusta que me hablen de mi lejana tierra, nada más.

—Bueno, pregúntale a Eduardo: es más culto que yo —rió Elena.

La bruja dio un respingo.

—¿Para que me ponga nerviosa y me mire con todos sus bigotes y barba?

Elena lanzó una carcajada y a Etelvina le regresó el buen humor. Ya relajada, revisó lo que se exhibía en medio de comentarios.

—¿Por qué no compra azafrán? ¡En mi cast...casa lo cocinan con arroz y guarrapillos saltados en aceite de oliva...

—¿Guarrapillos? ¿Y qué es eso? —Francisco había llegado y arriscó la nariz.

—Bueno, son unos... ¡No te explico nada porque no te gustan! —se azoró.

Elena meditó: "Debe haber sido exquisito..."

Y como todo estaba comprado, regresaron al auto. Etelvina pidió estar junto a la ventanilla, y dejó que el viento la despeinara.

—Si cierro los ojos, diría que voy por el aire —explicó.

Y de nuevo le volvió la tristeza.

Terminaron de guardar la cosas. Etelvina, rendida, pidió a Elena que le diera un vaso de jugo con "cuadraditos helados", y ella, con su paciencia risueña, se lo sirvió. Los niños también bebieron, y entonces Elena dijo:

—¿Qué les parecería a todos si yo comienzo a estudiar de nuevo?

—¿Vas a ir al colegio? —se extrañó Claudia.

—No: la mamá reiniciará sus estudios de pintura, porque tiene alma de artista —explicó Etelvina, emocionada.

Elena la miró, sorprendida.

—¿Y quién te dijo eso?

—Usted sabe ver lo que vale la pena ver. Es una artista —puntualizó la bruja—. Y eso don Eduardo lo sabe, pero no sabe decirlo de torpe que es... ay, perdón.

Elena meditaba con una sonrisa plácida.

—Tú me estás ayudando a tomar la decisión, Etel —repuso—, y, no sé, creo que algún día haré tu retrato... ¡vestida de princesa del siglo XV, ya que te gusta tanto! —bromeó con un gesto de complicidad.

Etelvina se atoró con el jugo, y tosió en forma desesperada. Francisco se puso de pie, y le golpeó la espalda.

—Gra... gracias, mi amor —se ahogó Etelvina.

—¿Vas a pintar a Etel igual que a Malvina? —se extrañó Claudia.

—¿Qué Malvina? —preguntó Elena.

—Un cuento de amor que sabe Etel... —aclaró Francisco.

Y hasta allí quedó la conversación, porque la bruja, pálida, dijo que le había hecho mal el paseo, y que se iba a tender un rato en el dormitorio.

Un benéfico silencio cayó sobre la casa. Los niños partieron donde unos amigos vecinos, Elena se fue a hacer dormir a Sebastián que introducía con rabia sus deditos en las encías, y Etelvina, de espaldas sobre el cubrecama de puntos coloridos, trató de serenarse.

Ay, pobre Etelvina, tranquilízate, esto es sólo una simple coincidencia. No creo que nadie sospeche nada... aún... aún... aún...

Leve, levísimo fue el resplandor que rodeó su rostro.

Y cuando se tranquilizó, ya estaba profundamente dormida.

Al anochecer, los niños, rendidos, apenas lograban mantener los ojos abiertos; sin embargo, la voz de Claudia, llena de coqueteos, insistía:

—Yo sé que te acuerdas de cómo sigue el cuento, Etel... yo sé... Y para que sepas, anoche soñé con el señor del pantano...

—¿Y qué soñaste? —Etelvina apretó sus manos.

—No hablaba nada, porque como todavía no habla en el cuento. ¿Cómo habla, Etel? —parpadeaba, soñolienta.

—Con una voz linda, gangosa y suave.

—¡Ja! —rió Francisco—. ¡Gangosa!

—No te rías, porque era... es linda esa voz —se enojó la bruja.

Francisco, serio, no replicó. Pero cuando Etelvina comenzó su historia, se dejó acariciar con el cuello algo rígido.

LA PRINCESA BRUJA

SEGUNDA PARTE

(La reina Arévalo debe ir a la Convención Anual de las Brujas, y envía por Marisapo, prima de la princesa, para que se hagan compañía. Esa tarde, cuando paseaban por la orilla del pantano, un muchacho fija sus ojos en Malvina.)

La primera en reaccionar fue la princesa bruja. Agitó su mano y gritó hacia la figura que no despegaba sus ojos de ella:

—¿Cómo te llamas y qué edad tienes?

—Meliberto, y tengo veinte... ¿y ustedes?

—Marisapo, y tengo casi quince.

Meliberto, desde su orilla, apuntó con un dedo:

—¿Y ella?

La hija de la reina respiró hondo:

—Malvina, casi diecisiete, hija de la reina Arévalo. Gracias.

La prima reaccionó con molestia. A ella no se le había ocurrido presentarse de esa forma. Vio con desencanto que la princesa correspondía a la sonrisa de Meliberto con sus dientes blancos y perfectos. La sonrisa de Malvina era más linda que la suya.

Meliberto preguntaba:

—¿Entonces eres princesa? ¡No sabía que había otras princesas en la zona! ¿Ese es tu castillo?

Indicaba el edificio fantástico que brillaba furioso al sol.

—Sí, y puedes venir a visitarnos cuando quieras —respondió Malvina, muerta de ganas de decir "ven ahora mismo".

—Invítame ahora mismo —gritó, ansioso.

—Te esperamos a las cinco —respondió ella sin titubear.

Marisapo no había abierto la boca.

—¿Dónde aprendiste tanto trato con los muchachos? —preguntó, seca, cuando caminaban de regreso al castillo negro.

—Del Libro del Encanto. Lo tengo en mi mesita de noche. Enseña que las brujas somos más hechiceras cuando sonreímos. "La sonrisa cae bien a toda hora, en moros, brujos y cristianos". Lo dice en la página 798.

En esos instantes un enorme sapo tomó impulso desde unas matas, y saltó sobre el hombro de Malvina.

—¡Celso!

—¡Hola, princesa! —saludó con voz suave y bocaza muy abierta.

—¿Viste al joven al otro lado del pantano?

—Ay, Malvina, cuidado con el amor..., no te atolondres... —susurró Celso con el sonido de la espuma al quebrarse al sol.

No dijo más. Con otro salto, y luego dos más, se lanzó de cabeza a las aguas inertes del pantano.

Llegaban al castillo.

Malvina tuvo un súbito cambio de humor; corrió para llegar antes que su prima, y subió saltando en un pie y luego en el otro los trescientos escalones de la entrada.

—¡Momo! ¡Momo! —llamó su voz aguda apenas entraron—. Coloca otro cubierto: tenemos un invitado.

La figura del cocinero con traje oscuro y botones nacarados apareció en un lejano umbral del inmenso recibo.

—¿Alguien especial, princesa?

—Alguien muy especial.

El cocinero sonrió con su doble corrida de dientes en cada mandíbula.

Dos horas después, la campana parlante aullaba: "GEEENTEEE".

Las primas, perfumadas con extractos de hierbas y los labios pintados con zumo de granadas maduras, corrieron a abrir.

Al otro lado de la puerta de ébano Meliberto esperaba con expresión de susto.

—Adelante, guapo —canturreó Marisapo junto con tomarlo de una mano.

—Bienvenido a palacio —decía Malvina, dando saltitos tras su prima para que él la viera.

El joven, incómodo, caminó por esa pieza demasiado grande para su gusto, desde la que nacían doce pasillos que desembocaban a lo lejos en puertas de distintos colores. Al fondo, ancha y alfombrada en gris, se alzaba una escalera que llevaba a los distintos niveles. Recorrió con una mirada las paredes: alineados, vio retratos de personas, algunas algo extrañas... En el centro de la gran habitación redonda una mesa de ocho

patas soportaba el peso de un jarrón repleto de ramas de distintos tonos de verde. Tal parecía que todo el bosque se hubiera ido a instalar sobre el gran mueble de caoba.

Meliberto apoyó su brazo en la mesa, cansado por los trescientos escalones que había subido, y dio un salto, horrorizado cuando de la madera escapó un quejido: "¡ay, qué dolor!"

Malvina, extrañada de la reacción de su nuevo amigo, le ofreció asiento. El, con paso inseguro, se dejó llevar por las primas hacia uno de los rincones, y pronto estuvieron acomodados en un estrecho silloncito tapizado con listas doradas y negras.

—Muy bonito esto —dijo Meliberto, entre las dos niñas.

Y se quedó en silencio sin saber qué agregar. Sus ojos color café con leche recorrieron las paredes, las pestañas de colas de pavo real se agitaron y pestañeó como si cada párpado le pesara un kilo.

Malvina sintió que su corazón se evaporaba más rápido que gota al sol.

—¿Y tus padres? —preguntó, ansiosa de saber más.

—Bueno, mi padre es un soldado retirado. Ahora, convertido en trovador, viaja por las regiones componiendo canciones para la gente triste —explicó Meliberto.

Marisapo y Malvina se miraron, horrorizadas.

¡Meliberto era un mortal!

Etelvina detuvo su narración.

Claudia y Francisco esperaban.

—¿Y qué más? —apuró la niña.

—Me dio sueño. Otro día sigo.

Y salió de la habitación, sin dar las buenas noches.

Luego, desde la puerta cerrada de su dormitorio, se escuchó un sollozo sofocado contra la almohada.

ROBERTO, EL ARTESANO

Por un tiempo Etelvina se negó a seguir contando la historia de la princesa bruja a los niños. Insistía en que la había olvidado.

Pero ese día era diferente a los demás. Elena había agitado un sobre con expresión alentadora:

—Toma, Etelvina: es tu pago por todo lo que hasta hoy me has ayudado.

La joven lo recibió, confusa.

—Y si no quieres gastarlo, ahórralo. Una nunca sabe las vueltas de la vida —agregó.

—No lo sabré yo —murmuró ella.

—Y me gustaría mucho que te tomaras la tarde libre. No conoces casi nada, excepto el supermercado y el barrio. Hay partes interesantes de la ciudad...

—No me gustaría salir sola; quizás si me acompañaran los niños... —dijo, entre contenta y asustada.

—Bueno, Francisco es muy responsable y se orienta mejor que yo —arrugó la cara en un gesto igual a Claudia—, pero tienen que regresar temprano, porque Eduardo es tan nervioso con los niños...

Etelvina por toda respuesta dio un saltito y corrió a su dormitorio.

Abrió, precipitada, su closet; sacó su falda de seda gris, y manoteó en sus espaldas el cierre del vestido que le había regalado su protectora para que trabajara con comodidad. Nerviosa, decidió apurarse a su modo, y dejó que una

tenue luz trabajara por ella: el cierre se deslizó ayudado por un reflejo azul. La falda y blusa de seda se las colocó en un dos por tres, y se miró al espejo. Meliberto le había dicho que era linda; no necesitaba más arreglo. Se peinó con los dedos, y se acostó en la cama a pensar. ¿Por qué tenía que recordarlo siempre? La luz azul que aún no desaparecía invadió con fuerza la habitación, y la rodeó por completo. Cuando golpearon a la puerta, respondió "adelante", distraída.

Claudia y Francisco miraron sorprendidos. El niño indicó el reflejo que atravesaba los vidrios y parecía entrar en dos líneas suaves por las pupilas de la joven.

—¿Qué es eso? —preguntó. Movió las manos como para disipar humo.

Etelvina se enderezó. Todo regresó a la normalidad.

—¡Se veía azul! —insistió Francisco.

—¡Y era tan lindo! —se lamentó Claudia.

Etelvina se puso de pie. Precipitada, los tomó de la mano.

—¡La mamá me permitió salir con ustedes! ¿Están contentos? —exclamó, nerviosa a más no poder.

Y los arrastró hacia la calle.

—¿Nos vamos en microbús? —preguntó Claudia a su hermano. Y como éste no respondía, con el ceño concentrado, insistió—: ¿Estás sordo, Francisco?

Etelvina miró los vehículos que transitaban repletos de pasajeros. Sus ojos se excitaron:

—¡Creo que me gustaría andar en esos! —dijo, buscando la mirada del niño.

—¿Y por qué te alegras tanto? ¿En qué te movilizabas? se extrañó él.

—Bueno, con mi mamá siempre nos trasladamos en carro de... —iba a decir de "niebla", y se mordió la lengua a tiempo.

Francisco hizo un gesto de impaciencia.

Un autobús se detuvo. Etelvina, a punto de arrepentirse, mantuvo sus pies pegados a la acera, pero Claudia ya se encaramaba como un gato. Francisco tiró del brazo de la bruja para ayudarla a subir a la pisadera:

—Dame dinero para pagarte —pidió.

Etelvina se complicó entera. No lograba asir las monedas en el fondo del bolsillo de su falda que flotaba cerca de la puerta abierta; las piernas delgadas y cubiertas de medias negras quedaron a la vista y los pasajeros miraron hacia otro lado con un poco de risa. El chofer pidió con tono agrio:

—Apúrese, por favor, no tengo toda la tarde para esperar. Y no se afirme en mi espalda, señorita.

Ella, aferrada a la camisa del hombre, trataba de mantener el equilibrio para no caer debido a los virajes del microbús que eludía autos.

—Bajémonos, niños; nos mataremos arriba de esta cosa —susurró cuando tropezaba por el pasillo en busca de un asiento libre.

—No tengas miedo —la consoló Claudia—. Francisco nos cuida.

—Pero si este hombre no maneja en línea recta yo lo... —y levantó un puño.

—Etel..., cállate por favor —pidió Francisco, colorado.

En esos instantes el chofer hizo una maniobra; Etelvina, a punto de sentarse, cayó encima de un caballero que intentaba ponerse de pie y el codo huesudo de la bruja fue a darle en plena nariz. El caballero se quejó fuerte; y la gente se volvió a mirar.

Etelvina no aguantó más.

—¡Irresponsable! —gritó.

Francisco la miró, impactado. Por primera vez la veía furiosa. Y el resultado era impresionante: la piel transparentaba un intenso tono verde y desde las pupilas se desprendían fulgores del mismo color.

Algo que Francisco no lograría olvidar sucedió entonces. El chofer pisó con lentitud el freno, estacionó con suavidad su vehículo y contempló a los pasajeros con cálido afecto. Con mirada algo fija, pronunció:

—Ruego al público tenga a bien disculpar el brusco manejo de mi máquina, situación que no volverá a suceder. He dicho.

Puso en movimiento el motor y en forma tranquila y sin perder su sonrisa, condujo a los atónitos pasajeros por las calles atestadas, como si en lugar de cemento hubiera sólo agua.

Etelvina continuó el viaje con la cara pegada al vidrio para no mirar la expresión incrédula de Francisco. Cuando se disponía a romper el silencio y hablar de cualquier cosa, Claudia, sentada en su falda, gritó:

—¡Parece que llegamos, Francisco!

Era el centro comercial favorito de los niños. La ayudaron a descender, y mientras el microbús se alejaba con la placidez de una balsa, comenzaron a caminar. Etelvina, con ademanes de absoluta fascinación, miraba todo.

—¡Qué lindo! —dijo, ante una vidriera deslumbrante de objetos.

—Mira tranquila, Etel —aconsejó el niño.

La bruja lo contempló de reojo. Era tan distinto a su hermana: reflexivo, como a ella misma le habría gustado ser; y con esa actitud inteligente del que habla sólo cuando sabe qué decir.

—Huelo algo sabroso —dijo de pronto, y la nariz puntiaguda buscó en todas direcciones—. Más sabroso que mi salsa de chinchipati...

—¿Será eso? —preguntó Claudia, y con ojos brillantes y golosos indicó al vendedor de helados.

A los pocos minutos, los tres saboreaban barquillos coronados por una bola de crema helada. Etelvina dio un vigoroso lengüetazo y...

—¡Perdón! —la bruja miró, desolada, cómo su helado teñía de rosa el ala negra del sombrero de un vendedor que exponía su mercadería en el suelo. Cuando las gotas azucaradas chorrearon una a una, él levantó la cabeza, y siguió levantándola hasta mirar a la nerviosa Etelvina que no sabía qué cara poner.

El miró de abajo hacia arriba.

Y Etelvina de arriba hacia abajo.

—No importa, damita..., pero cómpreme una pulsera —dijo el artesano, quien con movimientos elásticos se ponía de pie, y sacudía su sombrero.

Etelvina lanzó una especie de bufido sofocado y se sujetó al hombro de Francisco. Los ojos negros y pequeños se perdían en los del vendedor de joyas artesanales.

—Me-li-ber-to —susurró.

El muchacho arregló una pañoleta roja alrededor de su cuello y dio unos pasitos de baile en el mismo sitio:

—Pulseras, pulseritas para las damas bonitas... ¡Cómprame alguna, flaquita!

La bruja tragó saliva. Tanto temblaban sus manos que las sujetó una contra otra hasta que un hueso crujió como vidrio quebrado. Hizo un gran esfuerzo:

—Me gus-tan tus pul-pulseras..., Meliberto.

—Me alegro, damita. Elige, entonces. Pero no me llamo Meliberto —arrodillado junto a la tela oscura, organizó sus joyas para que lucieran mejor—. ¿Cuál te gusta? ¿Cuál deseas llevar?

—Todas —susurró.

—¿Todas?

—Toditas —repitió, con un violento suspiro—. ¿Seguro que no te llamas Meliberto?

El muchacho recogía con rapidez las pulseras y las guardaba en una bolsita plástica.

—Ni Meliberto ni Mamerto. Pero me llamo Roberto, que termina en "berto", por eso a lo mejor te confundiste, flaquita.

¿No ves que soy muy popular por aquí? —se contoneó para bailar mientras cantaba con voz graciosa—: "¡Hey, Roberto, ven que enloquezco! ¡Hey, Roberto, mi corazón de melón!"

—Meliberto, mi corazón... —susurró Etelvina con las piernas debilitadas.

No hacía caso de los niños que la tironeaban por los lados, llenos de vergüenza.

—Tienes que descender de él —siguió con los ojos cerrados—. Nadie puede tener sus mismas pestañas ni su mismo color de mirada. Sólo él dejaba caer sus párpados en una forma lenta.

Roberto se impacientó.

—Bueno, damita, ¿va a llevar las pulseras, sí o no? Total... no faltan las clientas... —un poco asustado hizo tintinear el paquete frente a la cara de la joven.

—Tienes que descender de él. ¿No sabes de algún Meliberto en tu familia? —insistió, mientras arrebataba las pulseras con mano trémula—. Haz memoria, te lo suplico.

Tal fue la angustia de esa voz aguda, que Roberto se encontró respondiendo:

—Bueno, si de algo te sirve... Mi papá se llama Heriberto y mi abuelo Norberto. Y un sobrino recién nacido, Dagoberto, ja, ja, ja... Pobrecito... Es el capricho de la familia terminar los nombres de hombre en "berto"... ¡Págueme, pues! —extiró la mano.

Etelvina hundió la mano en el hombro de Francisco y casi cae al suelo.

—¡Etel..., qué te pasa! —se asustó el niño.

—¡Está pálida! ¡Etel! —la remeció Claudia.

La bruja manoteó como para respirar mejor.

—Vamos, niñitos, vámonos; me siento mal...

—¡Oye, y mi dinero! —gritó Roberto.

—¡Págale, Francisco! —sopló más que habló Etelvina.

Francisco, sonrojado, sacó el dinero del bolsillo de la falda, y arregló cuentas con el feliz artesano.

22

Mientras ayudaban a caminar a la mujer que apenas se podía las piernas, dijo, furioso:

—Eres bien tonta. Gastaste todo tu dinero en cuarenta pulseras de bronce. Me hiciste pasar vergüenzas. Preguntaste nada más que tonterías: ¡no salgo más contigo!

Claudia lo miró más enojada aún:

—No seas malo con Etel. Ella quiso preguntar, porque... ¿Por qué, Etel? ¿Y qué vas a hacer con todas las pulseras? —preguntó, a su vez, ya olvidada de su defensa.

—Me las voy a poner... —respondió con remezones de pies a cabeza.

—¿Pero por qué le preguntaste si se llamaba como el del cuento? —insistió Francisco, sin cambiar su aspecto de rabia.

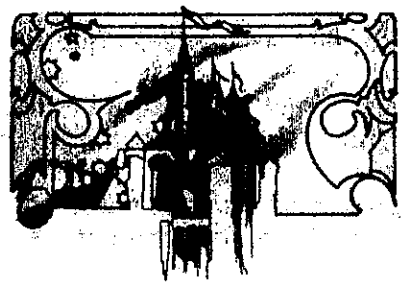
—Es que se parece tanto... Quiero decir... ¡Es él! Digo... *Ay, Etelvina... cállate... cállate... cuidado, Etelvina.*

—¿Sí? —Francisco y Claudia esperaban.

—Es parecido a alguien que murió hace mucho, mucho tiempo —respondió, ahora seria y con voz casi ronca—. No me hagan caso. Soy una tonta; tú tienes razón, Francisco.

Y no habló más.

Regresaron a casa en otro autobús. Esta vez soportó los virajes con la mirada perdida en una señora de cabellos rojos. Pero cuando ésta descendió, sus ojos seguían fijos en el mismo lugar.



MELIBERTO Y MELIBERTO

Etelvina anduvo algún tiempo sonámbula por la casa. Elena, preocupada, habló con Eduardo para ver la posibilidad de llevarla a un médico:

—Fue el día que salió con los niños. A lo mejor está contagiada de un virus...

—Cualquier virus arranca con el tintineo de esas famosas pulseritas que usa ahora—respondió él, algo irritado—. Pero, si quieres, podemos llevarla a que la revisen.

La bruja escuchó desde la cocina. Asustada, captó que un médico podría descubrir su condición, y decidió cambiar su ánimo por encima de toda su terrible melancolía. Cerró los ojos, y concentró su atención en Elena, que seguía hablando.

—Pero, en qué te molestan esas pulseras... Según Claudia, a Etelvina la acompañan... ¿sabías que he pensado reanudar mis clases de pintura, Eduardo? —dijo sin transición. Y quedó asombrada de sus propias palabras.

El la miró, divertido:

—¿Y cómo sucedió ese milagro?

—Bueno... lo había meditado como una posibilidad... y ahora... —quedó en suspenso, sonriente y feliz.

Etelvina apareció en la puerta.

—Para que usted vea que ella decide las cosas por sí misma, no cuando se lo ordenan.

Y se ocultó.

—En definitiva: sus modales son pésimos —concluyó Eduardo, más que molesto.

—Es franca, nada más —la defendió Elena.

—A veces viene a ser lo mismo —murmuró él. Pero calló: Etelvina le sonreía, sumisa, y pasó por su lado en medio de saltitos.

—¡Allá vooooy! —gritó, corriendo escaleras arriba.

Elena cubrió su cara con las flores que arreglaba para que Eduardo no la viera reír.

—Comienzo mis clases el próximo mes —dijo, tras las rosas. ¿Tú crees, en verdad, que tengo algo de artista?

El la miró, sorprendido.

—¿Y por qué me preguntas eso?

—Quiero saber tu opinión, nada más.

—Claro, por supuesto que lo creo.

—¿Tú crees que yo sé ver... lo que vale la pena ver...? —insinuó, expectante.

Eduardo meditó antes de responder.

—No se me había ocurrido decirlo así. Pero, sí, creo que tienes razón.

—¡Etelvina tiene razón! —concluyó Elena.

Y siguió arreglando las rosas con una placidez acentuada en sus movimientos.

Francisco y Claudia esperaban.

Cuando Etelvina entró al dormitorio, el niño se apuró en decir:

—Dile que no, porque te va a pedir una pulsera.

Por toda contestación Etelvina extendió sus brazos hacia Claudia.

—Elija, mi doncellita. Y tú, no seas malhumorado; se te formará una arruga en la frente más profunda que la del Grande entre los Enormes.

—¿El... quién? —no entendió.

—Ehhh, uno del cuento; pero todavía no aparece. ¿En

qué habíamos quedado? —preguntó, mientras Claudia forcejeaba con una de las pulseras.

—En que Meliberto era mortal y Malvina una bruja —dijo Francisco.

—¡Meliberto y Meliberto! —rió Claudia, divertida.

—¿Cómo? —Etelvina empalideció.

—¿No se llamaba Meliberto esa persona que murió?, ¿el que confundiste con el artesano? —preguntó la niña.

La bruja tenía ya pensada la respuesta. La nariz se aguzó cuando apretó los delgados labios para elegir bien las palabras:

—Siempre, pero siempre, uno llama a sus personajes con el mismo nombre de la gente que quiere. Ahora, atención...

LA PRINCESA BRUJA

TERCERA PARTE

(Malvina y Marisapo invitan a Meliberto a tomar té al castillo negro. Cuando la campana parlante anuncia su llegada, corren a abrir. Meliberto no oculta su asombro ante los extraños detalles del castillo. Pero el asombro de las primas es aún mayor cuando el muchacho anuncia que su padre es un trovador. Es decir, es un mortal.)

Meliberto miró a las primas que no salían de su asombro.

—¡No eres brujo! —Marisapo lo miró, asustada.

—¿Yo? ¿Ah? ¿Qué? —no entendió; pestañeó con lentitud.

Marisapo comenzó a reír a gritos, con chillidos histéricos. Malvina la codeó, repuesta en parte de la impresión:

—Silencio, prima. Es mala educación reír fuerte ante un invitado. No te preocupes, Meliberto, ella es así, siempre muy alegre.

Pero ahora Marisapo había callado de golpe y sus ojos oblicuos lo miraban con tanta intensidad y fijeza que Meliberto, desorientado, retrocedió y chocó de espaldas con la mesa de ocho patas que esta vez lanzó dos gruñidos y tres suspiros. De un brinco regresó junto a las primas, justo cuando aparecía Momo. El cocinero saludó con una profunda venia y sonrisa a Meliberto, y Malvina los invitó a pasar al comedor.

No hablaron mucho. La princesa ofrecía, con modales que trataban de ser finos, tostadas con dulce de uva rosada y té de hojas de naranjo y limón.

Cuando los tres se miraban en busca de algún tema para hablar, Marisapo se deslizó en su silla negra:

—Conque eres un mortal, ¿eh?

—¿Vamos a la salita azul? —interrumpió Malvina, nerviosa.

Tomó de un brazo a Meliberto y lo arrastró hacia el pasillo que desembocaba en la salita azul. Atrás seguía Marisapo, lánguida y lenta, sin despegar el verdor de sus pupilas del joven que avanzaba a zancadas, impulsado por la frágil figura de la princesa bruja.

El reflejo en todos los tonos del índigo iluminó las cabezas de los tres apenas entraron. Meliberto volvió a quedar instalado al medio de las niñas, y esta vez Marisapo no dejó que su prima la interrumpiera:

—¿Dónde está tu padre, el soldado?

—Te lo dije —la miró con timidez—: ahora es un poeta peregrino que vaga por Sevilla, Granada, Cádiz, componiendo zéjeles a las personas tristes. Son canciones hermosas, porque él es un artista que ve lo que vale la pena ver. Y yo soy como él —agregó con aire modesto.

—¿Por qué? —Marisapo preguntó mientras adoptaba una pose atractiva. Meliberto meditó.

—Te explicaré con un ejemplo. Cierta vez dos niñas, dulces y buenas, pidieron a mi padre que les compusiera un zéjel para alegrarlas. Una estaba apenada por el aniversario de la muerte de su padre y la otra lloraba su desconsuelo porque le habían cortado las trenzas. Mi padre sólo tenía tiempo para atender a una de ellas ... ¿A cuál crees tú que le compuso la canción?

—A la de las trenzas, por supuesto —respondió de inmediato Marisapo.

—Yo creo que a la otra —intervino Malvina.

—Exacto, a la triste por el padre —Meliberto la miró con ternura.

—Entonces no entiendo nada —repuso Marisapo, confundida—. Debe ser terrible que a uno le corten el cabello, claro que sólo si es hermoso —y enrolló un mechón cobrizo en sus dedos.

Meliberto, sin dejar de contemplar a la princesa, comentó:

—En cierto modo tienes razón: si ella —apuntó a Malvina que se estremeció— pierde uno solo de sus hermosos cabellos lacios, yo de inmediato le compondría una canción —y lanzó una risita.

Una especie de maullido lo hizo callar: Marisapo, de pie y con las manos verdes, retrocedía hacia la puerta.

—¡Ridículo mortalcillo! ¡Aprende a ver lo que es hermoso! ¡Anda..., veamos qué zéjel horrible tendrías que componer a los horribles cabellos de...!

Ahogada de celos y rabia corrió los ocho pisos alfombrados, llegó a su dormitorio y pateó la almohada hasta que el pie se le cansó.

Malvina tomó de la mano a su amigo y lo llevó hacia la puerta de ébano. A tropezones le explicó que su prima estaba algo de mal genio y que regresara mañana. El, sin

soltar su mano, se lo prometió, y bajó los trescientos peldaños mirando hacia atrás.

Malvina, con el corazón feliz y agitado, corrió a ver a su prima. La encontró sentada en su cama y con un almohadón destrozado entre sus manos.

—¿Qué te pasa? —preguntó, aunque lo sabía muy bien.

—¿Te parece poco? —se exaltó aun más su prima—: el hermoso Meliberto es mortal, y una bruja no debe ser amiga de ellos. Segundo: él no sabe que somos brujos. Tercero: me gusta mucho. Y cuarto: ¡tú, sólo por molestarme, te encargaste de que se interesara en ti y no en mí! —y buscó un nuevo almohadón para lanzar al suelo.

Malvina se estremeció. En algo su prima tenía razón: ¿Dónde se ha visto a un mortal y a una bruja enamorados? ¡Las leyes lo prohibían! Trató de calmarse; se acercó a la brujita de ojos rasgados y gesto rabioso, y le acarició la cabeza como si fuera una niñita:

—Ya, ya..., no es culpa nuestra. Ni su culpa tampoco. Es cierto, Meliberto es muy bello...

—¡Pero tenía que gustarte a ti! —repitió Marisapo, desviando con desprecio la mano de su prima.

Y de pronto cambió de actitud. Miró a la princesa que bajaba la cabeza, preocupada, y comenzó a canturrear entre dientes. Aumentó el volumen de su canto, poco a poco, mientras arreglaba sus cabellos que despedían violentos reflejos rojiverdes. Hasta que de golpe calló.

Malvina, desconcertada, la escuchó decir:

—Te declaro la guerra, primita. Veremos quién conquista al hermoso mortal. Y que suceda lo que suceda. Será un cambio en la rutina.

—Pe... pero se supone que yo le gusto —musitó Malvina. Y de pronto, una terrible sospecha la hizo re-

accionar—: ¡Sin magia, prima, sin magia! —y su pecho se levantó en unos centímetros para respirar con agitación.

—Prohíbemelo —rió Marisapo.

Dio media vuelta y salió de la pieza con un portazo. La luz verde quedó suspendida un buen rato en el largo corredor alfombrado.

—No me gusta esa Marisapo —alegó Claudia—. Es mala prima.

—No la culpes, doncellita; cualquiera que hubiera conocido a Meliberto habría quedado maravillada —observó la bruja con los ojos húmedos.

—¡Tú hablas de Meliberto como si fuera tu propio novio! —replicó Francisco, irritado—. ¡Siempre me enredas!

Etelvina apretó sus manos y trató de pensar rápido.

—¿Y a ti no te da la impresión de que lo conoces también? ¡Eso sucede cuando los cuentos son bien contados, pues, Francisco!

Dio un par de palmadas:

—¡A dormir que me desplomo de sueño!

Y para evitar más preguntas difíciles se fue a su dormitorio luego de enviar un beso por el aire a los hermanos.

LLEGA LA ABUELA

En la casa la agitación se percibía en carreritas, portazos y exclamaciones de los niños. Eduardo había llamado para avisar que no se preocuparan, pues el bus de la señora Marta se había atrasado, pero en cualquier minuto estarían por allá. Elena revisaba por tercera vez el dormitorio de Sebastián, acomodado para la visita, y tropezaba con los muebles a cada rato. Etelvina luchaba contra la tentación de cambiar el color de unos claveles blancos por unos lilas, y paseaba con el florero en la mano. Ya en la mañana había confundido la sábana de arriba con la de abajo; Elena se dio cuenta a última hora y terminaba de rehacerla. Francisco y Claudia discutían y luego daban falsos avisos para ver cómo la mamá se arreglaba el pelo y sonreía. Hasta que Elena, nerviosa, gritó:

—¡Por favor!

Cuando decía eso sin la expresión tranquila de siempre, todos sabían que era mejor estar quietos. Eso hicieron. Etelvina se instaló en la punta de la cama que usaría la visita, y cuchicheó con los niños:

—¿Siempre viene la señora abuela?

—Una vez al año: somos los únicos nietos que no viven en el sur, y desde que murió el abuelo parece que nos extraña más —respondió Francisco.

—¿Y cuánto tiempo se queda? —la pregunta fue formulada con ansiedad.

—Depende: a veces un mes, a veces dos... Ojalá fueran tres— respondió el niño en otro susurro.

En esos momentos la voz chillona de Claudia, que se había levantado a mirar por la ventana, se escuchó:

—¡Mamá, llegó la abuelita!

Elena se arregló el vestido y miró a su alrededor. Tomó a Sebastián que hacía rato estiraba los brazos a todo el que pasaba por su lado, y bajó, seguida de todos.

Etelvina caminó hacia la puerta de entrada. Tenía que esforzarse por ser discreta. Las treinta y nueve pulseras sonaron cuando alisó bien su cabello. Escondida, vio a una señora algo maciza, con un flequillo ondulado, semicanoso, y un largo collar de perlas. Abrazaba a sus nietos y lanzaba carcajadas porque Sebastián tenía casi medio collar adentro de la boca.

"—Si quieres causar buena impresión, sé amable y simpática" —recordó las palabras de su sapo.

Ahora los trancos pausados de la abuela avanzaron por el jardín. Iba en ruidosa conversación con el hijo que cargaba dos maletas, la nuera, sonriente y amable, y los nietos que se disputaban un bolso lleno de zapatos.

Etelvina supo que era el momento. Apareció tras la puerta, como si hubiera estado esperando su salida al escenario, y levantó una tímida mano. La expresión de la señora Marta cambió de la alegría a la más absoluta sorpresa:

—¿Qué es eso?

—Es Etelvina, señora Marta. Me ayuda con los niños —explicó Elena, e hizo un gesto con los ojos a la joven para que saludara de una vez.

—Pero, ¿qué les sucede a sus brazos? —susurró la señora con los ojos entornados para mirar en forma disimulada.

Claudia fue la encargada de responder:

—Son las pulseras que la acompañan, abuela. Y como me regaló una, ahora sólo le quedan treinta y nueve.

La señora reinició su paso. La bruja mantenía la sonrisa y la mano sin saber si saludarla con un apretón amistoso, o un abrazo cordial, o decir "buena mañana, señora abuela", junto a una seña simpática. No se decidió a tiempo y la abuela pasó a su lado con una inclinación de cabeza y una mirada de asombro que no pudo disimular.

Y, sin embargo, no hubo mayores tropiezos durante la tarde. Por lo menos durante las dos primeras horas. La abuela, luego de repartir los regalos, se dedicó a conversar con su nuera y regalonear a los nietos. Etelvina aparecía de cuando en cuando, muy tiesa, y sonreía con la lengua bien encajada en la encía. Luego, arrancaba. Se moría por opinar o comentar en las conversaciones, pero la mirada de esa señora la inhibía; era igual a la de Eduardo y Francisco: como flechas de puntas aguzadas que se hundían en sus ojos para saber más.

Pero cuando la señora Elena preguntó cómo estaba el tiempo en el sur, y la abuela respondía con un gesto de fastidio:

—Ay, hija, no me digas nada: llueve y llueve. ¡Si hasta caen sapos y culebras...!

Entonces Etelvina ni se dio cuenta e interrumpió:

—Mucho más bonito es ver llover luz... En mi cast...

La señora Marta miró a Elena. Etelvina dio media vuelta, corrió a ver a Sebastián, y lo despertó para hacerlo dormir.

—¿Es siempre ella así? —preguntó al fin la sorprendida señora.

—Bueno, es algo nerviosa, pero es tan buena, que...

—¡Y nos cuenta un cuento en capítulos todas las noches, abuelita! —argumentó Claudia, abrazada a la mamá—. Hasta Francisco, que sólo le gustan los misterios y los fantasmas, está entretenido.

La señora Marta enarcó las cejas:

—Ahora llegó la abuela. Yo seguiré contándoles cuentos. ¿Quieren? —los miró, animosa.

Los niños callaron.

—¿Y? —esperaba, algo sorprendida.

—Sí, pero cuando Etel termine la Princesa Bruja. Y si tú quieres lo puedes escuchar, porque Etel estaría muy contenta, ¿verdad, Francisco?

El niño se encogió de hombros.

En esos momentos Etelvina asomó la cabeza en la habitación.

—El pequeñín ya duerme. Los niños tienen que comer. Si la señora abuela lo desea puede irse al dormitorio, porque la señora Elenita tiene que ayudarme en la cocina.

Hizo una venia y salió, caminando con gran lentitud.

Elena dijo "permiso, señora Marta", y la siguió.

Etelvina la esperaba.

—¡Yo sé que no le gusto a su suegra. Trato de ser muy simpática, muy educada, pero no le gusto! ¡Es igual a don Eduardo, igualito! —balbuceó con los ojos pequeñitos llenos de lágrimas.

Elena cerró la puerta. Habló con mucha seriedad, mayor a la que jamás Etelvina supuso que podría tener:

—Mira, Etel, contrólate, ¿quieres? Ella es muy... seria, pero muy buena. ¿Tienes que usar todas tus pulseras? —preguntó, intranquila.

Etelvina tenía la boca apretada. Se veía tan indefensa, que Elena cambió de actitud.

—Está bien, usa tus pulseras, no te preocupes. Pero trata de no decir tantas cosas que nadie te entiende..., ¡ni yo! ¡Vamos, sonríe, niña!

Y Etelvina sonrió. ¡Tenía una idea!

—Le voy a preparar la salsa de chinchipati. ¡El orgullo de mi cocinero! ¡Y no se preocupe: me voy a comportar silenciosa y apacible como una naranja española!

Elena salió más preocupada de lo que había entrado. No sabía si era mejor la tristeza o el buen humor de su protegida.

Tras ella salió la bruja. Pasó por su lado y le susurró:

—Recuerde: mañana preparo yo el almuerzo. Ahora, haga usted la comida; yo tengo algo que hacer arriba.

Con un suspiro, Elena regresó a la cocina.

La bruja golpeó varias veces en la puerta de la señora Marta, y cuando escuchó un "adelante" asomó la cabeza. Muy pausada, y sonriendo cada dos palabras, anunció:

—Antes de la cena contaré un cuento a sus nietos. La invito, con toda cortesía, a que asista, si a usted le parece bien.

La abuela quedó con el collar a medio sacar y luchó por no lanzar una carcajada. Pero, como tenía curiosidad por escuchar esa historia que tenía a los niños tan entretenidos, la siguió con su paso sonoro.

Etelvina, sentada entre los niños, hilaba sus pensamientos. La abuela tomó a Claudia en sus brazos, y frunció el ceño ante las pulseras que sonaban cada vez que la joven movía las manos. Y sin cambiar su expresión, se preparó a encontrar aburrida la famosa historia.

LA PRINCESA BRUJA

CUARTA PARTE

(Marisapo y Malvina tienen una discusión: ambas aman a Meliberto. Marisapo decide conquistarlo, y Malvina teme que su prima haga uso de un hechizo.)

Al día siguiente, Celso, el sapo mascota, escuchó con gran atención las quejas de la princesa bruja. Sentada cerca del pantano y bajo un frondoso granado, Malvina acarició una pata verde del sabio animal y terminó de hablar.

—Eso te pasa por no controlar los impulsos de tu corazón romántico y enamorarte de un mortal —dijo, al fin, con su voz de terciopelo—. Te pareces demasiado a tu padre, el rey Morrón: atolondrado..., pero simpático —agregó con un guiño cómplice.

—¿Qué puedo hacer, Celsito? —gimió Malvina, bañando de lágrimas la cabeza del sapo.

Las patas elásticas saltaron tres veces en el mismo sitio.

—¿Qué aconsejarías tú a una persona con el mismo problema? —preguntó desde el aire.

—¡Nadie tendría mi problema! ¡Es mi mala suerte!

—¿Qué aconsejarías a una persona con tu mismo problema? —repitió Celso, inflexible.

Ella fijó entonces su atención en la otra orilla del pantano; ahí, donde había visto por primera vez al muchacho y sus miradas se habían juntado de ribera a ribera.

—¿Y? —la voz de violín afinado la sacó de sus cavilaciones.

—Es tan peligroso mi consejo... Porque yo aconsejaría...

—¿Sí? ¡Continúa!

—...decir toda la verdad —terminó, trémula.

—¿Y cuál es esa verdad, princesa?

—Que soy una bruja —gimió Malvina.

El sapo se acurrucó:

—¿Aunque eso signifique perder su amor?

—Sería, entonces, un amor muy frágil —respondió Malvina, triste.

Los ojos grandes y redondos como cebollas, brillaron; las patas se desprendieron de la tierra en un salto inmenso. Antes de caer sobre la copa del granado voceó:

—Arriésgate, Malvina, y no te avergüences de lo que eres. El verá lo que vale la pena ver. ¡Y no seas atolondrada!

La princesa corrió hacia el castillo negro. Tenía que buscar a Marisapo y convencerla de la necesidad de hablar con Meliberto. El decidiría qué hacer: huir o no.

La llamó y la llamó.

Los mozos-fideos, largos y delgados, giraron por los pasillos y habitaciones.

—¿Buscaron en la sala de las tejedoras? ¿Y en las dragonerizas?

—No está, no está, no está —repetían, casi invisibles en sus giros.

—¿Fueron al... sótano? —preguntó ella, de pronto, aterrorizada con la idea.

Los mozos se detuvieron y la miraron. Los rostros —largos y angostos, donde boca, nariz y ojos se juntaban en una misma línea— crecieron. Levantaron los brazos y con un gesto de pavor desaparecieron.

—Nadie bajaría al sótano sin autorización de mi madre —dijo Malvina con un estremecimiento.

En ese instante la campana aulló un "¡GGGEEENNNTEEE!"

Casi choca con Momo, que deambulaba con una bandeja de plata, y con la mesa de ocho patas, que palpitó con su carga de ramas. Malvina tocó el pesado picaporte y se encontró, frente a frente, con los ojos café con leche. Las pestañas se agitaron cuando ella lo tomó de un brazo, sin demasiada cortesía, y lo llevó de prisa por el pasillo, hacia la puerta azul.

—Tenemos que hablar de algo que te interesa —decía, precipitada—, aunque después yo me arrepienta y tú te arrepientas de lo que tengas que arrepentirte. ¡Entra, entra!

Meliberto entró de un brinco a la salita, donde largas ventanas a la altura del techo mostraban nubes deshilachadas que se abrían para dejar pasar una luz azulina e iluminar sus cabezas. La princesa, sin cuidar demasiado sus modales —como sucedía cuando sus nervios estaban a punto de vibrar—, lo sentó en un taburete de patas talladas en forma de garras. Acercó otro idéntico, y se instaló cara a cara con su amigo.

El esperó. Sus párpados cayeron y se levantaron con esfuerzo. El hueso de su garganta bailó por la incertidumbre.

—¿Encuentras algo raro en este castillo?

Meliberto no se animó a decir lo que pensaba. ¿Se molestaría esa dulce niña?

—¡Habla! —insistió la princesa.

El tomó aliento.

—Una mesa se queja si tropiezo con ella; el cocinero tiene doble corrida de dientes; la campana habla y grita; esta salita de ilumina se azul cuando

entramos; me pareció ver hombres tan delgados que parecen hilos... Pero, aparte de eso, todo es normal —dijo con una sonrisa endeble.

—¿Y tú sabes por qué suceden esas cosas? —indagó ella, temblorosa.

—No. Pero en la vida hay cosas que uno no entiende —respondió, pensativo.

Había llegado el momento.

—Yo te diré por qué sucede todo eso. Y cuando te lo diga, quizás me odies. Me arriesgo porque...—y quedó en suspenso.

—¿Por qué? —se intrigó él.

—Porque te estoy tomando mucho cariño —confesó Malvina, sonrojada.

—Más que yo, no creo —dijo Meliberto, con otro sonrojo—. Pero no veo la relación con los dientes de tu cocinero o con las quejas de la...

Malvina cerró los ojos.

—¿Qué dirías si te confieso que soy... una bruja?

—¡Ja, ja, ja! —rió Meliberto.

Malvina abrió los ojos, confundida.

—¿No me crees?

—¡Cómo te voy a creer! ¡Las brujas son feas, gruñonas, malas y hasta se comen a los niños! —hizo un gesto de horror.

La reacción de Malvina fue instantánea. El taburete cayó al suelo. Y Meliberto vio a la dulce niña transformarse: algo verde la iluminó desde adentro y envió dos chorros por sus pupilas dilatadas. Casi enceguecido, se incorporó.

—¿Soy mala y me como a los niños, eh? ¿Por qué los mortales piensan así de nosotras? ¡Jamás renegaré de mi condición!

Meliberto seguía retrocediendo; tropezó y la cabeza rebotó en la pata de garra que se curvó en forma

instantánea. Malvina detuvo sus palabras y con un grito se precipitó sobre él.

—Ahora sé que me odias, Meliberto querido —sollozó.

El joven no se movió. No entendía bien. Sólo atinaba a mirar a esa niña que de repente vio de color verde y a sentir ese dolor en su sien derecha. Las manos de Malvina acariciaron las suyas con extremada suavidad y levantó el rostro en busca de las ventanas. Y desde allí vio descender cientos de esferitas azules y palpitantes que al chocar, en torbellinos, se impulsaron hacia abajo. Una tras otra fueron reventando con graciosos ¡plop! en su dolorida cabeza y algo fresco, aromatizado y benéfico lo invadió por completo.

Malvina no despegaba sus ojos tristes de él.

—¿Entonces...eres una br... br... brujita?— atinó a balbucear.

Ella asintió con ternura.

—Soy bruja, pero no mala. Cuando me enojo me pongo verde. Los humanos se ponen rojos. No hay gran diferencia. Y usamos nuestros poderes para ayudarnos... y a veces para castigar. Ustedes no tienen magia, pero también tienen leyes que deciden lo que es justo. Hay brujos buenos y malos. Y humanos buenos y malos.

Meliberto quiso sentir miedo, y no pudo.

Quiso salir escapando, y se arrepintió.

Quiso decir que ella estaba equivocada, y comprobó que tenía razón.

Y, ¡oh, sí!, por encima de todo aquello, comprobó que no quería separarse nunca de esa princesa delgada y algo triste, atolondrada y nerviosa, de humor cambiante y graciosa nariz puntiaguda. Por eso, de espaldas y apoyado en la garra de madera que masajeaba con esmero sus cabellos, susurró:

—¿Por qué nunca nadie me dijo que hay brujas que parecen hadas?

Malvina cerró los ojos para que la felicidad no fuera a escapar ni por sus pupilas.

Y mientras los jóvenes hacían planes, abajo, en el sótano, Marisapo daba vueltas y vueltas a las páginas de los Libros de Hechizos Prohibidos.

—¡Siga, pues, niña! —apuró la señora Marta.

—No, abuela: ya terminó el capítulo —explicó Claudia.

La señora vio a sus nietos conversar con esa mujer de ojos pequeños y de un brillo oscuro. Intentó desviar la atención hacia ella:

—¡Brujas buenas! ¡Qué cuento loco!

—¿Por qué no podrían ser buenas? —preguntó la bruja, algo alterada.

—Porque los otros cuentos lo dicen muy claro, pues, hija.

—Bueno, en mi cuento no es así. Las brujas que conozco son buenas —insistió, altanera.

—¿Que conoces? —Francisco la miró, intrigado.

—O que invento, es lo mismo —se apuró en aclarar.

La abuela lanzó una risita.

—El día que una burbuja me quite una jaqueca o un mozo-fideo encuentre mis anteojos, sabré que existen las brujas buenas.... ¡ja, ja!

Dijo "buenas noches, niños; buenas noches, hija", y salió con paso sonoro.

Francisco se puso de pie. Sus ojos se caían de sueño. Pero la miró con la seriedad que tanto impresionaba a la joven, y dijo, con expresión de real convencimiento:

—¿Sabes, Etel? Al principio Meliberto me parecía un tonto. Después lo creí un cobarde. Y ahora, creo que es un buen tipo.

Etelvina quedó en suspenso, pero de inmediato lo tomó entre sus brazos y le dio un beso muy fuerte en la mejilla.

—Buenas noches, mi niño bueno —susurró, enternecida.

Y bajó, precipitada, hacia su dormitorio.

Contar su historia la estaba haciendo sufrir demasiado.

ETELVINA ES SORPRENDIDA

La brujita se amaneció pensando.

Sentada en su cama, con el camisón blanco que le había regalado Elena, parecía una estatua delgadita y triste. Vio como la oscuridad invadía el patio de sombras, también la luna, redonda y plateada como los ojos de Celso. Pestañeó, y cada mano recibió un lagrimón tibio.

—Me preocupa Francisco. Y la señora abuela. Don Eduardo sólo me asusta cuando no entiende lo que digo. Claudita es un primor, y me alegra. La señora Elena me protege. Debería estar feliz, pero tengo miedo, mucho miedo...

Hablando sola se quedó dormida cuando ya la oscuridad emprendía la retirada. Despertó con el ruido de tazas en la cocina.

De un salto se preparó a lo que más apreciaba del siglo XX. Y cuando el agua golpeó su espalda, y la canción del melocotón y laúd trovador se escuchaba en toda la casa en medio de chapoteos, Elena supo que Etelvina pronto aparecería en el comedor.

A los pocos minutos entró: sonriente, descansada y con el cabello estilando.

—Recuerde: hoy el almuerzo corre por mi cuenta —advirtió.

Hizo una venia a la señora Marta, que la observaba con fijeza, y se encerró en la cocina. Primero se aseguró de que nadie escuchara, y entró a su habitación a buscar el maletín

con lunas, soles y dragones. Con el sombrero puesto y las luces bailoteando en sus manos, apareció no sólo una caja con salsa de chinchipati, sino otra que se mantuvo en el aire y pugnaba abrirse de un momento a otro.

Regresó a la cocina, y maniobró con las ollas. Justo cuando Francisco y la abuela entraban a tomar agua, la olla escapó de sus manos, chocó contra el suelo y volvió a ellas como si hubiera sido de goma.

—¿Y qué fue eso? —se asustó la señora Marta.

—¡La vi saltar igual que una pelota! —exclamó Francisco.

—¡La olla aterrizó en mi pie y la envié de vuelta a mis manos! ¡Te lo aprendí a ti, Francisco! —se defendió, tensa.

—Vaya, ahora se nos convirtió en futbolista... y defensora de brujas —repuso la abuela. Olió, intrigada —¿Y qué está cocinando?

—Mi almuerzo. Si no hace preguntas, estaré agradecida —respondió Etelvina.

—¿Cómo dice?

—Digo que lo hice especialmente para usted —sonrió con la lengua encajada en la encía.

Y el almuerzo fue un éxito.

Luego que Etelvina sirvió el primer plato las conversaciones cesaron. La señora Marta paladeó cada bocado y no logró reconocer ningún ingrediente. Etelvina la vio partir con el cuchillo un trozo de algo que parecía duro y se dividió como mantequilla luego de dejar escapar un jugo tierno y dorado. Los tenedores trabajaron, incansables, en busca del último trozo de aquello tostado que bullía sin quemar, era algo espeso pero se deshacía entre los dientes y mantenía en la boca un sabor indefinido y suave.

Cuando Etelvina y Elena retiraron los platos y apareció la salsa de chinchipati en copas de alto pie, los niños aplaudieron y Eduardo comentó:

—En esto a Etelvina nadie se la gana, mamá.

La abuela enarcó las cejas:

—Después me da los ingredientes, hija.

Pero Etelvina ya estaba preparada. Para no mentir omitiría lo mejor posible y saldría del paso con una respuesta apropiada. Por eso, cuando las cucharas reposaron luego de haber raspado en forma meticulosa el último vestigio de salsa y la señora Marta abrió la boca para pedir una agüita de hierbas, la bruja se adelantó y explicó, muy digna:

—No sabría decirle, señora abuela: son recetas del cocinero de mi madre, experto en salsa de pastapillo y chinchipatis.

La señora Marta, sorprendida, miró a su hijo.

—A mí no me pregunte. Elena la entiende mejor —replicó.

Pero ésta, luego de observar a Etelvina que apretaba sus manos con desconcierto, se limitó a comentar:

—¿Sabía suegra que reiniciaré mis cursos de pintura?

Las cejas de la abuela desaparecieron en la línea de sus cabellos.

Eduardo se adelantó:

—Al fin la convencí, mamá —y miró, satisfecho, a su mujer.

—Nada de eso, yo me convencí —respondió Elena, plácida y sonriente.

—¿Y los niños? —preguntó la señora Marta, dubitativa.

—Ella los atiende muy bien —aseguró Elena.

Miró hacia Etelvina, pero ésta ya desaparecía.

En el patio, en muda contemplación del pequeño naranjo que no alcanzaba a lanzar sombra al pasto, acariciaba sus pulseras. El pensamiento de Meliberto ya no la dejaba vivir. Y el rostro del artesano Roberto volvía a su mente a cada instante. Era casi Meliberto. A no ser por sus actitudes más locas y su forma precipitada de hablar. Tenía que volver a verlo. Y lograr un encuentro con esos familiares cuyos nombres terminaban en "berto".

Ay, brujita, ay, brujita... hazlo luego o desaparecerás de tristeza.

Iría el viernes.

Y, sin saber que luego de eso ya no regresaría a casa, se dispuso a regar los tres pequeños árboles del patio.

—¡Abuela! ¡Llévanos a la plaza! —escuchó gritar a Claudia.

Recordó el lugar donde había despertado. Lleno de flores y colorido. También recordó las palabras del Grande entre los Enormes: "¿Prefieres ir al rincón más austral del mundo, que para ese entonces ya tendrá un nombre?"

El agua saltaba de la manguera en un chorro espumoso y fresco. Sus ojos, que no se asombraban del siglo, nunca dejaban de admirar la maravilla del agua escondida. Por eso, un rápido cambio de ánimo la hizo sonreír, traviesa, y elevó la boca de la manguera hacia el cielo. Las gotas salieron disparadas con increíble fuerza y se multiplicaron en cientos, en miles, en millones; unidas en el aire, caían, grandes como limones, sobre la bruja que bailaba en el césped. La manguera, suspendida, seguía su trabajo, incansable; mientras desde una ventana del segundo piso Francisco empalidecía y empalidecía.

Sofocó un grito de miedo. La abuela dejó de jugar con Sebastián para mirarlo:

—¿Te duele algo?

El niño negó con la cabeza y corrió a encerrarse a su dormitorio.

Nadie lo sacó de allí.

Hasta que Etelvina golpeó a su puerta. Como nadie respondiera, entró. Francisco, sentado en su cama y con los ojos muy abiertos, gritó:

—¡Andate, ándate!

—¿Por qué me dices eso? —se aterró la bruja.

El niño no respondió, pero en su cara se mezclaban la extrañeza y el miedo.

—¿No me quieres, entonces? —avanzó un paso hacia él.

—¡Andate! —el niño corrió hacia la silla, y se escudó tras ella.

Etelvina sintió una punzada abrirse camino en medio de su pecho.

—¿Qué te hice, mi amor? —susurró sin atreverse a caminar hacia él.

—¡Andate... Andate... ! ¡ándate de una vez! —comenzó a llorar con una mirada de pánico que la sobrecogió.

¿Qué había hecho? ¿La habría sorprendido en el patio? ¡Oh, no, no!

Salió de la pieza, y tropezó con la abuela que ayudaba a Sebastián a caminar con pasitos y tambaleos. Claudia se arrastraba para estar a la altura del hermanito y reían a dúo.

—¿Por qué gritó el niño? —preguntó la señora, preocupada.

—Yo... no lo sé... —deformó sus labios para no llorar.

—El también quería ir a la plaza —dijo Claudia desde el suelo.

—Entonces hay que ir a la plaza. Ya, hija, vaya a buscar el coche de Sebastián, y espéreme en la puerta de calle.

Etelvina voló escaleras abajo. Su pecho subía y bajaba. No sabía qué hacer.

Pero, mientras lloraba con la cara hundida en el almohadoncito con elefantes del coche de Sebastián, supo exactamente qué haría.

Contra todo lo esperado por Etelvina, Francisco aceptó ir a la plaza. Caminó con los ojos enrojecidos junto a la abuela sin despegar la mirada del suelo. La bruja, de la mano con Claudia, pensó en la increíble fuerza de voluntad del niño, y se preguntó qué estaría planeando.

La señora Marta la sacó de sus pensamientos:

—¿Sabe, hija? Ayer me encontré cantando su canción de melocotones y laúdes trovadores... ¿Dónde aprendió esa canción tan rara?

—Es un zéjel antiguo, señora abuela —respondió ella, abstraída.

—¿Qué? ¿Zéjel?

—Es un canto popular español que nos trajeron los árabes, abuela, y se escucha tan, tan lindo en la voz de Meliberto —respondió melancólica.

Francisco y la señora Marta detuvieron su paso al mismo tiempo.

—¿Cuál Meliberto, Etel? ¿El del cuento, o ese novio tuyo, parecido al artesano? —la voz de Claudia la hizo respirar de nuevo.

—¡El del cuento, mi doncellita! ¡Cuál otro! —respondió Etelvina, con una risa tan forzada que no despegó los dientes.

La plaza los recibió con barullo de gritos y pájaros. La señora decidió sentarse cerca de la palmera. Francisco no levantaba la cabeza, y Etelvina no se despegó de él. Si ese niño decía lo que pasaba por su mente, todo estaría perdido.

—¡Desde allí vi volar a Etel! —gritó Claudia corriendo hacia la palmera.

Francisco levantó con violencia su rostro y miró a la bruja que no pudo evitar empalidecer.

—Bueno, bueno, ahora juegue, Claudita, ¿no quería venir a la plaza? —sugirió la señora Marta con actitud de absoluta satisfacción en medio de sus nietos.

—No, yo quiero que Etel siga con el cuento —se acercó, mimosa a la joven. Pero ella sentía una extraña angustia: no quería seguir con el cuento ni con nada. Sólo ansiaba una sonrisa de Francisco, y todo estaría bien. Todo.

Pero la señora Marta, autoritaria, la hizo desistir:

—Ya, pues, hija; si su cuento es tan entretenido debe concluirlo. No se haga la interesante.

—Mi cuento no concluye aún... —la voz era triste.

—Mmm... bastante larguita la historia —murmuró a medias la señora.

LA PRINCESA BRUJA

QUINTA PARTE

(Malvina decide contar toda la verdad a Meliberto. Cuando éste la escucha, cae al suelo y lastima su cabeza. Entonces lo que ve, más los cuidados de la princesa, terminan por convencerlo de que dice la verdad. Sin embargo, la acepta.)

En el subterráneo Marisapo había terminado de leer. Cerró un libro grande y pesado como tonel, y una nube de polvo la hizo estornudar. Con su clásica sonrisa irónica arregló vestido y cabellos. No sabía si conquistaba a Meliberto por amor o por amor propio.

—¡Bah! ¡En todo caso, algo de amor hay en todo el asunto! —rió fuerte mientras subía las estrechas escaleras del sótano.

Cerró la puerta de hierro y luego de asegurarse de que nadie la veía deambular por el pasillo prohibido, emergió en el salón de entrada.

Ahora todo lo que debía hacer era mirarlo a los ojos, esperar a que pestañeara tres veces para asegurarse de que no pestañearía una cuarta, y decir, sin despegar sus pupilas de las de él, el hechizo de la E. En el libro "Encantos Hechiceros para Enamorar a Cualquiera" decía con toda claridad: *"La letra E es la letra del amor, puesto que el amor se logra con sonrisas. El brujo Joldún al-Arabi confesó su imposibilidad de pronunciar la E sin sonreír. Por eso, si se desea encandilar de amor a quien se desee, basta con pronunciar tal letra en toda su extensión mientras se hace uso correcto del hechizo sugerido por Joldún al-Arabi."*

Ella lo había memorizado a la perfección.

Escuchó voces en la salita.

Se acercó silenciosa como gata.

La voz gangosa de Meliberto decía:

—Te voy a cantar un zéjel de mi padre artista. Escuché cuando lo componía en su taller mientras tallaba un laúd. Pero... —su voz se hizo más suave y Marisapo abrió la puerta para mirar— ayer le introduje unos arreglos especiales para ti...

Dulce como puré de melocotón
suave como el ritmo de mi laúd
te entrego mi amor... or-or
hombre y bruja
yo y tú... ú-ú.

—¡Qué tierno eres! —dijo Malvina.

Y le dio un beso.

Marisapo sintió el verde teñir sus mejillas y entró de un salto. Con los ojos convertidos en pozos casi transparentes, miró a Meliberto.

—No despegues tus pupilas de las mías, mortal desentonado —silabeó.

—¡Marisapo, detente! —gimió Malvina.

—¡Pestañea de una vez por todas, mortal de bellos ojos! —ordenó Marisapo irradiando tal poder que todo vibraba a su alrededor.

—¡No, Meliberto, no obedezcas! —chilló Malvina.

—¡Obedece! —susurró ahora la prima.

Las patas de garra de los taburetes se encogieron, la luz se detuvo frente a las ventanas que rodeaban el techo y las manos de la princesa temblaron cuando Meliberto pestañeó: una, dos y tres veces...

Marisapo, con un gesto de triunfo, comenzó a recitar:

La E elegante
la E hechicera
¡merengue, merengue!
es casamentera.
Encanto y embrujo
y estilo español,
¡merengue, merengue!
exijo tu amor.

Meliberto, fascinado ante la sonrisa que brillaba frente a él, alargó la mano hasta tocar un hombro de la brujita hermosa.

—¿Qué tal, Marisapito?

—Hola, chaval.

Malvina, en un rincón, no podía creer lo que sucedía ante su propia vista. No, era imposible. Su Meliberto no podía... Pero sí, ahí estaba mirando con expresión de absoluto arrobamiento a su prima. Cuando un sollozo iba a calmar el fuerte apretón que sentía en el pecho se escuchó afuera un ruido como de nube al tocar el agua o del agua al convertirse en nube: el carro de niebla de Arévalo. Había llegado. Recordó las palabras de su madre al despedirse: "Ten todo listo; el Grande entre los Enormes vendrá conmigo". ¡Y ella tenía nada menos que a un mortal en el castillo!

Miró a Marisapo. Ella también había escuchado. Paró de golpe de recitar y los labios se le pusieron blancos de susto. De un salto se escondió tras el sillón con patas de garras y su voz filuda advirtió:

—¡Todo es culpa tuya, Malvina!

Meliberto no perdía su mirada amorosa, y algo confuso respondió:

—No tengo la culpa de amarte, bella Marisapito.

—Pobre Malvina, pobrecita —gimoteó Claudia.

—Suceden cosas bastante horribles en su cuento, hija —sentenció la abuela, como despertando.

—Los cuentos, cuentos son —respondió Etelvina con aire cansado.

—¿Y termina bien su cuento? ¡Porque los míos terminan siempre bien! —advirtió la señora.

—Ay, si yo lo pudiera saber —suspiró la bruja. Sus ojos pestañearon como lo hacía Meliberto.

Se escuchó, entonces, una voz sumida en algo que le impedía modular bien:

—¿No lo sabes?

Etelvina se volvió, radiante. ¡Francisco le había hablado! Su carita, enterrada en el hombro de la señora Marta, evitaba volverse hacia ella, pero ¡le había hablado!

—¿Cómo dices, mi amor?

La sonrisa aleteaba en la boca de Etelvina. Pero Francisco no dijo nada más. La bruja entonces, y con un tono muy triste, tanto que el corazón de Francisco dio un violento salto, agregó:

—Si yo pudiera lograr que Malvina fuera feliz...

Sebastián se había quedado dormido con la pata de hule del conejo metida en la boca. La señora Marta dejó de pensar en la respuesta incomprensible de Etelvina, se puso de pie y dio la orden de regresar a casa.

Por el camino la bruja habló sola:

—¿Por qué será que siempre una tiene que dejar de ver a la gente que más quiere?

—¿A quién dejarás de ver, Etel? —se extrañó Claudia.

Por toda respuesta Etelvina hizo tintinear sus treinta y nueve pulseras en una oreja de la niña, que lanzó una risita.

Pero Francisco se ensombrecía más y más.

En la tarde el niño se había sobrepuesto. Del pavor inicial, ahora tenía una gran incertidumbre. ¿Podía temer a una persona buena? Porque Etelvina era buena. Muy buena. Hacía cosas extrañas, cosas que él no quería entender. Pero tenía la mirada más triste que él había visto en su vida.

Todo esto pensaba mientras la espiaba tras las cortinas de la ventana de la cocina. Allá, en el patio, ella tocaba una hoja del pequeño ciruelo. La vio sonreír, sola, como sucedía a menudo. ¿Por qué sería?

—¿Qué está pasando afuera?

De un salto se volvió a mirar a Claudia que entraba.

—¡Cállate! ¿Si hablas fuerte te...! —un dedo en sus labios indicó absoluto silencio.

Claudia caminó en puntas de pies y sus ojos brillaron de excitación. Se empujaron uno al otro para dejarse hueco en la ventana y vieron a Etelvina correr hacia el limonero y luego al damasco... Ahora retrocedía, como para dominar a los tres árboles de una sola mirada. Las pulseras brillaron cuando su mano indicó la tierra. Como si alguien borrara con una enorme goma un dibujo, los árboles comenzaron a desvanecerse en medio de movimientos temblorosos. En cosa de segundos, los troncos eran líneas suaves y descoloridas; las ramas, trazos disparados hacia los lados y hacia arriba, y muchos círculos detenidos en el aire habían sido recién las hojas. La mano de la bruja subió de golpe y sssssss los tres

árboles crecieron con un sonido especial, mientras los verdes y cafés regresaban a tronco, ramas y hojas con otro sonido: *¡splach!*

Etelvina movió la cabeza, satisfecha.

Regresó a la cocina en medio de su luz azul.

Y vio tras la ventana a los niños que miraban como si un elefante se hubiera aparecido en el patio.

Claudia rompió el silencio. Abrió la puerta y salió gritando:

—¡Etel, qué lindo lo que hiciste!

Los ojos de la bruja se helaron.

¿HADA O BRUJA?

Francisco no hablaba. Pero su palidez era extrema. Etelvina corrió hacia él con Claudia colgada de su brazo:

—¡Niñitos..., niñitos! —fue lo único que atinó a decir.

Francisco no necesitaba explicaciones. Menos aun cuando en el patio no terminaba de desvanecerse del todo el azul. Ya no quería saber nada. Sólo quería poder respirar bien, porque le resultaba difícil con el corazón saltando en el cuello.

La bruja dejó de apretarse las manos y dar vueltas entre el lavaplatos y el refrigerador; con una voz parecida a un soplo, susurró:

—Vamos a mi cuarto: les diré toda la verdad.

El niño movió la cabeza. No quería escuchar nada de labios de Etelvina. Sólo quería... ¿despertar? Ojalá todo fuera un sueño y ella siguiera siendo la mujer con cara de susto que conocieron ese día en la plaza. Pero se sintió llevado por una mano tímida hacia el pequeño dormitorio y ahí quedó, sentado en la cama. Claudia, a su lado, no dejaba de hablar sobre los tres árboles que habían crecido ante sus ojos como si hubieran sido de elástico, y preguntaba si se achicarían de nuevo. Etelvina respondía con monosílabos, hasta que, afirmada en la puerta, tan blanca como las manos de Arévalo, respiró hondo y tan fuerte que Francisco levantó la cabeza y la miró, desafiante.

—¿Nos querías decir algo?

La bruja trató de sonreír un poco, pero fue incapaz. Para tomar fuerzas se sentó en el suelo, frente a los niños, y

jugueteó con los flecos de la pequeña alfombra. Abrió varias veces la boca para hablar, pero la cerró como si se hubiera arrepentido. A la cuarta vez, y cuando Francisco sentía que la impaciencia era casi más grande que el temor a lo que ella confesaría, comenzó:

—Quiero pedirles algo. Es un servicio especial, niños. Por favor, por lo que más amen en el mundo, les ruego que nada de lo que sucedió en el patio, ni nada de lo que les diga ahora, lo sepan ni sus padres ni la señora abuela... ¡Por servicio!

—¿Y si preguntan qué les sucedió a los árboles? —preguntó Claudia.

Etelvina pensó. Pero la niña se adelantó con la cara llena de felicidad por la idea:

—Podemos decir que tú los hiciste crecer... ¡con tus propias manos, porque tienes buena mano para los árboles! Etel, ¿qué nos ibas a decir? —preguntó, recordando.

La bruja suspiró.

—No digan a sus padres ni una sola palabra de lo que escuchen aquí. Ellos se horrorizarían, pero, más que nada, pensarían que soy... mala, y eso no podría soportarlo... ¿dónde está la abuela? —se asustó.

—Durmiendo con Sebastián —dijo Claudia.

Etelvina dejó que un lagrimón cayera sobre sus manos, y los otros que inundaban sus ojos amenazaron seguir la misma ruta.

—Les diré quién soy.

Claudia, cariñosa, la interrumpió:

—Yo sé quién eres, Etel: eres un hada.

Etelvina quedó en suspenso. ¿Ella, un hada? Recordó a Meliberto diciendo palabras más o menos parecidas. Acarició una de las mejillas redondas de Claudia, y se dirigió a Francisco que parecía enfermo:

—¿Tú también piensas que soy un hada?

Nervioso, se echó hacia atrás, para evitar todo contacto con ella:

—No, no sé... Pero no eres como nosotros.

Etelvina se dio cuenta de que no podía decir la verdad. ¿Cómo confesar "soy una bruja"? ¿Cómo horrorizar el rostro de Claudia, y su voz soñadora al decir "¿eres un hada?"? *Ay, Etelvina, piensa bien. Esos niños te quieren y las palabras mal dichas desbaratan todo. Ya cometiste un error al dejar que te descubrieran en el patio con los árboles. Ahora debes ser inteligente y dejar el recuerdo de una Etelvina algo mágica y muy buena.*

Tironeó nerviosa su vestido.

—Tienes razón, Francisco —comenzó con mucha lentitud—. No soy como ustedes. Pero tengo un corazón igual al de ustedes, y también me duele si me dan un pisotón o me rompen un diente... aunque nosotras no sangramos si nos rompen un diente —explicó sin mirarlos—. Pero también nos alegramos con un beso y sentimos tristeza si nos ofenden... —se detuvo: nunca había hablado con tanta seriedad, ni siquiera con Meliberto. ¡Cómo quería a esos niños!

—¿Y qué más? —preguntó Claudia, muy atenta, como si escuchara el cuento.

—Quiero decir que no tengo la culpa de haber nacido con poderes mágicos y tampoco tengo la culpa de que mi nombre a ustedes les suene tan feo.

—Etelvina es un nombre bonito —opinó la niña, mirando a su hermano en busca de aprobación.

Etelvina vio que Francisco no movía un músculo. Estaba tenso, a la espera del resto de la confesión.

—No me refiero a ese nombre, mi amor —dijo Etelvina—. Me refiero a otra cosa. Dime, si alguien te dice, por ejemplo: "esa mujer es un hada", tú pensarías que es alguien maravilloso, ¿verdad?

—Sí... como tú.

40

—Pero si alguien te dice; "esa mujer es una bruja", ¿qué pensarías?

—Que es mala —respondió la niña de inmediato.

Francisco miró a Etelvina.

—Pero si esa mujer a la que llaman bruja es buena, y sobre todo quiere mucho a los niños, ¿seguirías pensando que es mala sólo porque es bruja? —su voz era un hilito.

Claudia mostró en su cara toda la confusión que le producía la pregunta. Al fin se levantó de hombros:

—Puede ser una bruja buena... pero igual me daría miedo.

Etelvina la miró con pena.

—¿Me das un beso?

Claudia le echó los brazos al cuello y le dio uno en cada mejilla.

—¿Me tienes miedo? —preguntó la bruja.

Claudia no respondió, porque se había aburrido, y ahora miraba los árboles por la ventana del dormitorio.

—Todavía no dices quién eres —advirtió Francisco, haciendo un esfuerzo.

Suplicó con los ojos. Pero el niño insistió en la pregunta, con mayor firmeza:

—¿Quién eres tú?

Ella, entonces, se irguió como su madre Arévalo; la voz al principio no quiso salir, pero salió al fin:

—Claudia lo dijo: soy un hada. Y no es la primera persona que piensa así.

El grito de Francisco al lanzarse sobre la almohada pareció el chillido de un pájaro asustado. Se escuchaba "¡estás mintiendo... tú sabes que estás mintiendo...!" Sus espaldas se remecían y gritaba una y otra vez lo mismo, tanto, que Claudia se aferró a la bruja a punto de lanzarse a llorar también.

Etelvina sintió que la tierra temblaba más que si una tropa completa galopara por el campo. Pero, a pesar de todo,

por encima de ese miedo atravesado por el dolor —y que no sentía desde su destierro— exclamó con voz que por primera vez en su vida sonó ronca:

—¡Cállate! ¡Cállate inmediatamente!

El niño levantó la cabeza. Y Claudia se sobresaltó.

—Mi linda doncellita: vaya a ver si despertó Sebastián. Y recuerde: tenemos un secreto.

Trataba de serenarse, pero sus manos temblaban.

Claudia salió de la habitación, un poco triste.

—Y tú, Francisco, si me quieres un poco, no digas nada. Yo no te voy a molestar más: mañana me voy.

La boca se deformaba en su afán de controlar el llanto.

Y se fue a la cocina a preparar por última vez la comida.

Francisco pasó por su lado corriendo. Y corriendo subió la escala y se encerró con un portazo que hizo despertar a Sebastián y saltar a la abuela.

POR ULTIMA VEZ, EL CUENTO

Nadie alcanzó a ver los tres árboles crecidos, porque la cocina estaba con su cortinita corrida, y luego la oscuridad cubrió llena de compasión la obra de la pobre bruja.

Ahí estaba, secando un plato, con la mirada perdida, cuando la voz de la abuela la hizo sobresaltarse. La escuchó decir, como entre sueños, que Francisco estaba raro y Claudia algo excitada. La señora repitió varias veces lo mismo. Luego agregó que los niños no tenían interés en ningún cuento hasta que Etelvina no terminara el famoso de ¿Malvarina? o como se llamara... La bruja seguía secando el plato.

—Mire, hija: ¿nadie le ha dicho que es mala educación no responder a la gente? —dijo, alterada.

Etelvina dejó el plato en su lugar, colgó el paño y salió de la cocina, como una sonámbula. De atrás siguió la abuela, repitiendo que en sus tiempos la gente respondía a los mayores.

Claudia esperaba, despierta. Al verla, sonrió con picardía y elevó varias veces sus cejas, en señal de complicidad. Etelvina sonrió, cansada, y se sentó a los pies de la cama. Al segundo entró la abuela con Francisco de la mano:

—No quería venir, pero él es obediente con su abuela. Venga, siéntese, y escuchemos el cuentecito. Así duerme bien, ¿verdad? Claro, siempre que Etelvina se digne a contarlo, porque parece que está muda —dijo, irónica.

Sin mirar a los niños, y con las manos unidas fuertemente, su voz de hilo murmuró:

—Escuchen el cuento por últ... —y calló de nuevo. Enderezó la espalda, arregló sus mechones lacios sobre la frente, y comenzó.

LA PRINCESA BRUJA

SEXTA PARTE

(Marisapo hechiza a Meliberto y éste se enamora perdidamente de ella. Cuando Malvina desespera por la situación, se escucha llegar el carro de niebla de la reina Arévalo)

Y la figura de la reina Arévalo se recortó en el umbral de la salita. Tras ella, un hombrón de ojos como brasas, levantó la nariz para olfatear. Malvina y Marisapo se inclinaron, pálidas y nerviosas. El Grande entre los Enormes alzó una mano para saludar y su voz ronca rebotó en todos los rincones:

—Ahá, ahá, ahá, muñequitas brujas —su nariz buscaba y buscaba.

Meliberto, en un rincón, seguía con expresión de enamorado sin despegar la vista del cabello cobrizo de Marisapo. El gigantón detuvo su nariz y los olfateos dejaron de sonar como sopladores:

—¿Quién es éste?

Nadie respondió. La voz sin matices de la reina atravesó el azul de la pieza:

—El Máximo Brujo ha hecho una pregunta.

Meliberto movió las pestañas de pavo real y las pupilas café con leche se enternecieron al responder:

—Soy Meliberto, un joven enamorado de la niña más hermosa de la región.

—¿Y se podría saber quién es esa niña?

—Sí, señora —comenzó Meliberto entre pestañeos lentos y pesados.

Malvina trató de reprimir un sollozo y Marisapo se preparó para defenderse. Pero nadie alcanzó a hablar, porque el Grande entre los Enormes tronó. Y sus ojos fueron dos pozos de fuego. Y su cabeza pareció tocar el techo de la habitación. Y los mozos-fideos dejaron de girar, Momo dejó caer los platos al suelo y la bandera del castillo flameó, furiosa:

—¡Sangre de mortal en esta habitación!

La reina Arévalo levantó de golpe la cabeza para mirarlo.

Meliberto se apoyó en un pie y respondió, despreocupado:

—Sí, soy mortal. Y según supe, ella es bruja, ¿no? —mostró a la pobre Malvina.

El bufido del Grande entre los Enormes sonó parecido al ruido de las rocas al despeñarse cerro abajo y la reina casi se evaporó de blancura y horror. Y la salita azul se invadió de pánico cuando Meliberto, sin importarle nada lo que sus palabras acarreaban, siguió:

—Me enamoré ¿sabía? de la niña más hermosa que he visto en la región: ella —dio un paso y rodeó con su brazo el cuello de la espantada Marisapo, que dio un brinco para desprenderse y correr hacia su tía.

El Grande entre los Enormes abrió sus fosas nasales con tal ímpetu, que dos moscas que volaban cayeron allí para no salir jamás. Marisapo se apegó a su tía en busca de protección, aterrada por la mirada de esos ojos de fuego en que resplandecían los castigos. Pero la reina reflejaba también la furia en todo su cuerpo, y con un gesto de su rostro la envió de vuelta a su lugar. La brujita, entonces, supo que tenía que defenderse a su estilo.

—¡Yo hice todo lo posible por evitarlo, tía y reina, pero ¿tenía que haber cubierto mi rostro con un velo para que no viera mi belleza? —gimió con tono teatral.

—¡Ese no es el asunto! ¿Qué hace este mortal en el castillo? —bramó el Grande entre los Enormes.

Marisapo y Meliberto miraron a Malvina que tiritaba en un rincón. La reina sintió algo extraño en el pecho y supo que la tragedia caía de un golpe, igual a esa tarde, cuando el rey Morrón quedó con una sonrisa helada y la corona incrustada en el tronco de un árbol.

—¿Tú invitaste a este mortal al castillo? —los labios de la reina apenas se movieron al preguntar.

Malvina movió la cabeza de arriba hacia abajo como si estuviera suspendida de un resorte muy fino.

—No sólo eso: se enamoró de él —rió Marisapo, feliz con el curso de los acontecimientos.

Reina y Gran Brujo se afirmaron en las paredes. Y Malvina, con los ojos arrasados en lágrimas y la voz partida por los sollozos, gritó:

—No puedo negar mis sentimientos, madre... Pero a él no lo castigues... porque ya no —iba a decir "ya no me ama", y prefirió decir lo que todos ya sabían— ...porque él ama a Marisapo, no a mí. Por lo tanto, como Marisapo no ama a un mortal, y el mortal no me ama a mí... todo queda igual —y se calló porque se había atolondrado y no sabía cómo seguir explicando.

Pero el Máximo no necesitaba más explicaciones. Ni la reina tampoco. Meliberto miraba a Malvina con ojos impávidos:

—¿Tú me amas a mí? Vaya que curioso... Yo amo a esa niña —y mostró a Marisapo—, desde el momento en que vi su sonrisa, es decir, desde hace poco —pestañeó, lánguido.

—¿Tú enamorada de un mortal? —Arévalo habló en un soplo.

—¡Soy culpable de amarlo, sí! ¡Pero él no me corresponde! —gritó Malvina, desesperada por la suerte que correría Meliberto.

—¡Declaro culpable a este mortal de haber traído la desventura al Castillo Negro! —sentenció el Grande entre los Enormes con el puño en alto.

Meliberto escuchó esas palabras y, por primera vez, pareció entender lo que ahí se discutía. Sintió que el pánico se le instalaba en el medio de la cabeza y cayó de espaldas al suelo.

La princesa dio un grito y corrió hacia él. Sin hacer caso de su madre que le ordenaba retirarse de allí ni de las otras dos moscas que desaparecieron en las fosas nasales del Máximo al resoplar de rabia, tomó la cabeza del desmayado. De sus uñas cortas y blancas salieron diez hilillos de luces. Y continuaron manando rectas y luminosas hasta que la cara del exánime Meliberto comenzó a llenarse por dentro de un color parecido al del cielo reflejado en el mar.

Abrió los ojos y una luz celeste le iluminó las pestañas:

—¿Dónde estuviste, mi linda brujita?

Malvina sintió que toda la felicidad del mundo se le instalaba en el pecho.

—A tu lado, siempre a tu lado, sólo que no me veías.

Marisapo dio un salto y se plantó frente al Gran Brujo y la reina que parecían aturdidos.

—¿Ven? ¿Ven? ¿No se los decía? ¡Y ese ridículo que no sabe ver la belleza y se cree artista! ¿Dónde está la belleza en una niña tan simplona? —maullaba más que hablaba con sus pupilas lanzando chorros verdes.

Pero Meliberto no se asustó. Por el contrario. Desde el suelo, afirmado en una garra del sillón, respondió desafiante:

—Su sonrisa es lo más hermoso que he visto en mis veinte años de vida.

La bruja no soportó más. Empuñó su mano al estilo del Grande entre los Enormes, y... ¡zas! la aplastó en medio de la boca de Malvina, que en ese momento iba a decir "gracias".

Gritaron Meliberto, el Gran Brujo y Arévalo. Y gritó la princesa al ver que su diente, justo el que estaba junto al colmillo derecho, ya no estaba. Es decir, ya no estaba en su boca, sino en su mano.

La furia del Grande entre los Enormes fue terrible. A gritos envió a Marisapo a subir a un carro de niebla para que regresara a su hogar: allí encontraría su propio castigo. Tomó, luego, de un brazo al espantado Meliberto y con el puño tan apretado que casi estallaron los huesos, bramó:

—¡Al Patio de los Hechizos Severos! ¡Dentro de unos minutos estarás convertido en un dragón enamorado! ¡Fuera!

—¡No te olvidaré, jamás te olvidaré! —gritaba el joven al saltar los trescientos escalones, precedido por dos mozos-fideos que temblaban de pena.

Las zancadas del Máximo —que decidía el castigo de la princesa— hacían temblar los muebles. Malvina, con las manos en la cara, susurraba palabras incomprensibles.

La reina, inmóvil, la miraba con sus ojos secos. Pero un leve temblor de sus manos advertía su ansiedad.

—¿Por qué todo esto, madre? —preguntó al fin la princesa.

—Una bruja no debe amar a un mortal —fue la respuesta inmediata y fría.

—¿Pero por qué lo castigan a él, entonces? ¡Las leyes son sólo para nosotros!

—No lo sé. Es la primera vez que un mortal se enamora de una bruja. Eso altera el orden, nada más.

—¡Pero él me quiere de verdad, madre! ¿Por qué esas leyes?

—Porque los mortales huyen de nosotros. Nos creen malos. Hay que defenderse.

—¡Cuando él supo que yo era bruja no huyó! ¡Me quiso igual!

—Eso es lo raro.

Arévalo hablaba sin despegar los labios y con la mirada fija en el Gran Brujo que seguía en sus paseos, hablando solo y levantando los puños de vez en cuando, hasta que detuvo sus zancadas y el salón dejó de temblar. Pero la mesa de ocho patas se movió, inquieta. Los mozos-fideos se metieron por las rendijas para escuchar. Momo dejó caer unas lágrimas hirviendo sobre la cocina y el vapor le mojó los pelos de las cejas que cayeron sobre los ojos. La voz del brujo fue rotunda:

—Optarás tú misma, princesa loca. Irás al futuro mediato o al futuro inmediato. ¿Prefieres viajar dos años en el tiempo y aparecer sobre la nave de otro loco como tú, ése que desea llegar a las Indias para demostrar que la Tierra es redonda?

—¡No, con un loco no! —pidió Malvina agarrada a las manos heladas de su madre.

—Llegarías, tal vez, a ser famosa a pesar del castigo: piénsalo bien —susurró Arévalo sintiendo que su corazón latía al compás de una pena nueva y apretada—. Pero no clames: una princesa no clama piedad.

—¡Entonces viajarás en el tiempo, hasta el siglo... hasta el siglo... ¡veinte! ¡Al lugar más austral del mundo que para ese entonces ya tendrá un nombre! —sentenció el Brujo Máximo.

Malvina apretó sus manos hasta hacerlas sonar. Pero no lloró. Escuchó la voz extraña de su madre murmurar:

—Sea.

Después bajó los trescientos escalones del palacio hacia el Patio de los Hechizos Severos.

Cuando sus ojos se nublaban de angustia alcanzó a ver a su mascota Celso que la miraba desde un naranjo con sus pupilas inmensas, escuchó que su madre decía algo, y no supo más.

Etelvina paró de hablar. Su pecho subía y bajaba. El silencio era grande en el dormitorio de Claudia.

—Etel... parece que tu cuento terminará mal —dijo la niña con los ojos húmedos.

Francisco tenía sus músculos tensos y parecía que las preguntas se le escapaban por cada poro.

—Hija, ¿por qué Malvina tiene tantas características suyas? ¡Mire que hacer que a esa pobre princesa le falte el mismo diente que a usted! ¿Le gustaría ser princesa, acaso? —y rió de su chiste.

Etelvina bajó la cabeza. Ya no respondería ni una cosa más, aunque le dijeran: "¡Usted es la misma bruja del cuento!", ella callaría. Quería estar sola con su pena. Quería ir en busca del artesano Roberto y averiguar algo. Cualquier cosa. ¡Aunque fuera para mirarle los ojos!

La señora salió de la habitación haciendo ruido con sus pisadas. Claudia recostó la cabeza, y le sonrió. La bruja le dio un beso muy fuerte, muy largo, uno en cada mejilla redonda. Y la niña le dio las buenas noches.

Francisco la siguió por el pasillo como una sombra. Su voz era de resolución cuando le dijo:

—Etel, te voy a preguntar algo y tú me tienes que prometer que responderás con la verdad.

—¿Alguna vez te he mentido?

—No, sólo has... omitido... como dices tú.

—Dime, Francisco.

—Tú... tú...

—Yo... ¿qué?

—Tú... eres Malvina, ¿verdad?

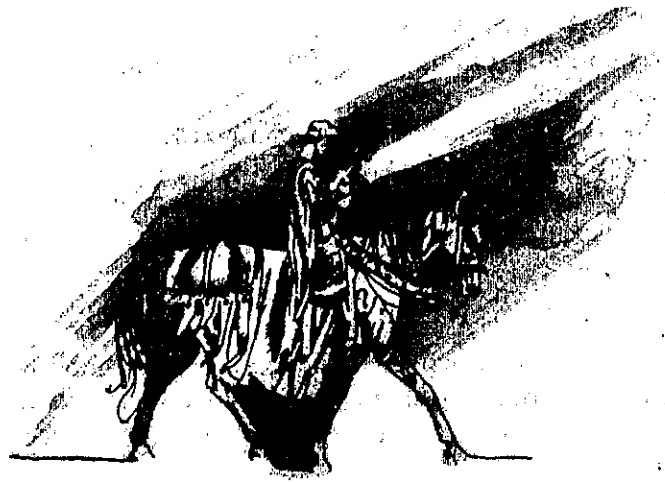
La cabeza de la bruja se movió de arriba hacia abajo como si estuviera suspendida de un resorte fino.

Francisco estaba pálido.

—Entonces Meliberto tenía razón: hay brujas que parecen hadas.

Cuando Etelvina cerró la puerta de su dormitorio ya se había despedido de Francisco.

Y el niño, en su dormitorio, pensaba y pensaba mientras unas luces azules le bailoteaban cerca de la cabeza.



¡BUSQUEN A ETELVINA!

A la mañana siguiente todos buscaban a la bruja. Menos Francisco, instalado en el jardín con mirada pensativa. Sebastián gorjeaba imitando a su mamá, y luego lloraba imitando a Claudia. La abuela preguntaba una y otra vez qué les había pasado a los árboles, y Eduardo, por teléfono desde la oficina, respondía que no podía saberlo, pero que cuando llegara a la casa buscaría la explicación.

Etelvina había desaparecido sin dejar rastro.

Sólo el vestido floreado y la camisa de dormir blanca, regalos de Elena, habían quedado muy planchados a los pies de la cama.

Hasta que Francisco, serio, pidió permiso para ir a buscarla. El imaginaba dónde podía estar.

—¡Pero este niño se puede perder en la ciudad! ¡Ni yo me oriento bien! —replicó la abuela.

—Yo sé andar solo, abuela —respondió el niño.

La señora Marta pensó que su nieto había crecido demasiado en pocos días, y se encogió de hombros. Pero Elena, con una inquietud muy grande en su rostro, dijo:

—Sí, ve a buscarla. Y tráela siempre que ella quiera regresar. Etelvina busca algo que no encuentra, hijo. Eso se le nota en la mirada. Y lo que no encuentra, no está aquí.

Francisco no respondió.

Salió de la casa a la carrera.

En el centro comercial buscó al artesano Roberto. Lo encontró en el mismo lugar de siempre, inclinado sobre sus joyas de bronce, pañuelo rojo al cuello y sombrero negro caído sobre la frente... ¡Claro que había visto a la flaquita esa misma mañana! No era loca, ¿verdad? Porque había insistido en que le diera su dirección...

¿De dónde le había bajado ese antojo por conocer a su padre y a su abuelo? ¿Seguro que no era fallada de la cabeza?

—Seguro que no, Roberto. Y necesito tu dirección para ir a buscarla.

—¡Todo el mundo quiere hoy mi dirección! ¿No prefieres comprar alguna joyita?

—Otro día, te lo prometo. Dame tu dirección.

—Bueno, qué tanto será: Viñedos 385. ¡Oye! ¡Es lejos de aquí! ¡Oye!

Etelvina caminaba por la calle Viñedos con su maletín estampado. Miraba los números, y seguía. Apenas llegara a esa casa se fijaría en las caras del padre y del abuelo de Roberto para saber si descendían de Meliberto. Sus ojos eran únicos, eso ella lo sabía. Nadie podía mirar de esa manera. Y si alguien miraba como él, era porque descendía de su sangre. La cara se le iluminó de emoción con sólo pensarlo. Si eran de la misma familia podrían saber qué sucedió con su casi-novio. Movía las manos al caminar y las pulseras sonaban como cascabeles. Hablaba sola, pero no le importaba que la gente se diera vuelta a mirarla. ¿Qué podía importarle, si iba en busca de su pasado?

Viñedos 385. Una casa de fachada color ladrillo, cuatro ventanas hacia la calle, y una puerta grande, firme, de madera oscura y lustrosa, en cuya parte superior varios vidrios pequeños y de colores formaban un curioso *vitreaux*.

—Llegué —murmuró.

Respiró hondo, y golpeó.

Una señora bajita con cara pacífica y voz tímida dijo:

—¿Sí?

Etelvina restregó sus manos. No sabía cómo empezar.

—Roberto, es decir, yo le compré unas pulseras a Roberto, y...

—¿Sí?

—Es decir, ¿sería posible conocer al padre y al abuelo del encantador Roberto? —pidió con ojos angustiados.

Y, en el colmo de la desesperación, se puso a llorar, tan fuerte, que la señora bajita se asustó:

—¡Heriberto! ¡Ven rápido!

Se acercaron unos pasos. Apareció un hombre alto y delgado. Un bigotillo le adornaba el labio superior. Cuando el hombre la miró, Etelvina sintió que le flaqueaban las piernas. Un zumbido le atravesó los oídos, soltó el maletín y se desmayó sin una palabra en los brazos de la señora.

Cuando abrió los ojos estaba tendida sobre un sofá verde. Tres rostros se inclinaban sobre ella. Uno era el de la señora bajita y los otros dos... ¡Meliberto adulto y Meliberto viejo!

Tan grande fue el remezón de su cuerpo, que la señora gritó:

—¡Se nos desmaya de nuevo!

El señor adulto le palmeó con suavidad la cara a ver si le volvían los colores. El viejo trajo un almohadón y se lo acomodó tras la cabeza.

Etelvina hizo un esfuerzo inmenso. Con una débil sonrisa se enderezó para mirar bien a los dos hombres, sobre todo sus ojos. Sus ojos. Color café con leche, pintitas verdes, pestañas largas y curvas, cejas movedizas. La misma expresión dulce al clavar las pupilas, idéntica forma de pestañear, como si cada párpado pesara un kilo.

—Caballeros —dijo la bruja tratando de mostrarse como una persona normal—: ¿Serían tan amables de contarme sus vidas?

Primero lo llevó en auto una señora y Francisco tuvo que soportar todo el camino un largo discurso sobre los niños que viajan a dedo. ¿Y si lo llevaba un pillo? Tenía suerte de que ella era una mujer con hijos y entendía las locuras de los niños de esa edad. Pero que fuera la última vez. Francisco dijo "sí" con la cabeza hasta que sintió dolor en el cuello.

Ahora caminaba por la calle Viñedos. Ya había aceptado la idea de que Etelvina era una bruja. Había muchas cosas que no comprendía, demasiadas, pero prefería no pensar ahora en eso, sino en apurarse para encontrarla luego. Lo único que comprendía era que Etelvina era buena y sufría mucho. Pobre Etel, y él había sido tan antipático. Pero..., ¿cómo se las arreglarían para explicar en la casa que ella había hecho crecer los árboles con un movimiento de dedo, y que hacía magias con los colores?

—No importa. No explicamos nada y punto. Ahora tengo que encontrarla.

Se puso a correr. Faltaban varias cuadras. En esos momentos un ruido de botellas sonó muy fuerte al lado de él, cerca de la acera, y un muchacho pecoso lo miró, despreocupado. Pedaleaba con fuerza mientras silbaba con la boca muy redonda.

Francisco tuvo una idea.

—¡Amigo! ¿Me llevarías al 385?

El muchacho disminuyó sus pedaleos y secó con la mano la transpiración de su cara. Pensó unos segundos.

—Súbete.

De un salto Francisco se instaló entre las cajas. El pecoso hablaba sin parar. Trabajaba en el transporte de bebidas y las llevaba "al negocio". Además hacía mandados y con todo eso ganaba unas buenas propinas.

—Yo no puedo pagarte —insinuó el niño.

—¿Y quién te ha cobrado? —preguntó el pecoso.

Lo miró con la nariz llena de gotitas de sudor. Y con una risita, agregó:

48

—Pero si tienes algo, te lo acepto.

—No tengo nada, lo siento —se apresuró a responder Francisco.

—¿Y quién te pide nada? —se burló el repartidor de bebidas.

Francisco se sintió confundido. Pero ahora el muchacho silbaba como si él no existiera. Hasta que el triciclo se detuvo.

—Llegaste, chico. Todo el mundo debe descender del tren —anunció.

—Gracias, amigo —gritó Francisco.

El repartidor levantó la mano y se alejó con ruidosos pedaleos.

Francisco contempló la casa de ladrillos oscuros.

¿Y si no estaba?

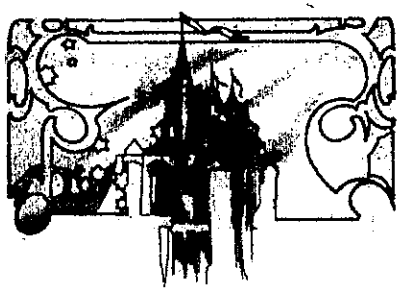
El susto le apuró el corazón. Ni siquiera sabía muy bien cómo regresar a la casa, porque la señora del auto había dado muchas vueltas. Sus papás ya debían estar algo preocupados. A lo mejor había cometido una gran imprudencia.

Tocó el timbre.

¿Qué diría?

La puerta se abrió. La mujer bajita y de ojos pacíficos preguntó:

—¿Sí?



Francisco rogó que dijera nuevamente "sí".

—¿Estará aquí la señorita Etelvina? —balbuceó.

—Sí, pasa.

Francisco sintió el impulso de lanzarse a su cuello y besarla como hacía con su abuela.

Etelvina lanzó un grito de alegría y corrió hacia el niño que le abría los brazos. Comenzaron a hablar al mismo tiempo, y mientras ella cuchicheaba que estaba en medio de una conversación muy importante, él insistía en que regresara a la casa.

—¿...no ves que todos están muy preo...? —y se detuvo.

Sentados en un sofá verde, dos hombres, idénticos a Roberto, lo miraban con curiosidad. La bruja advirtió la confusión del niño y se apresuró a hacer las presentaciones del caso.

—Don Heriberto y don Norberto: les presento a Francisco, un niño a quien quiero mucho.

Los hombres inclinaron la cabeza y pestañearon con calma.

—Francisco —continuó la bruja, muy cumplida—: te presento al abuelo de Roberto, el señor Norberto; y al padre de Roberto, el señor Heriberto —miró al niño con ojos expectantes.

—Se parecen al artesano —susurró él.

—¡Y son idénticos a Meliberto! —respondió ella en otro murmullo. Con la respiración agitada, lo tomó de la mano y ambos se sentaron frente a los hombres. La señora bajita miró preocupada la hora, pidió permiso con voz tímida, y luego se escuchó en otra habitación un ruido de ollas.

Heriberto y Norberto, muy tiesos en el sofá, esperaban.

Entonces el anciano, con tono solemne, advirtió que se estaba haciendo tarde.

Etelvina tomó la mano de Francisco.

—Sigamos, caballeros. Estábamos en que su papá, don Norberto, se llamaba... ¿Cómo dijo que era su nombre? —y codeó al niño.

—Alberto Nemesio, hija —respondió el hombre entre carrasperas.

Francisco la miró, radiante. ¿Otro Berto que la acercaba a Meliberto?

El viejo miró hacia arriba para inspirarse.

—Y el padre de mi progenitor, es decir, mi abuelo, que en esos tiempos tenía unas tierritas en Andalucía, contrajo matrimonio con una dama de cierta alcurnia, pero los reveses de fortuna lo obligaron a emigrar y... cambió de país... y...

—Sí, suegro, pero la señorita sólo quiere saber cómo se llamaba su abuelo —interrumpió la suave voz de la señora bajita, al regresar de la cocina.

El viejo pensó moviendo la cabeza.

—Ah, claro, claro, el nombre de mi abuelo era, por cierto, Edgardo de las Mercedes.

La bruja lanzó un resoplido.

—Falló todo —murmuró, pálida.

El anciano no prestaba atención a nada. Sólo movía la cabeza mirando al techo, como si allí desfilara su pasado. Con una risita cascada, agregó:

—Je, je, je... dicen que se llamaba Edelberto, pero, je, je, je, no le gustaba decirlo y se hacía llamar por su segundo apelativo...

Etelvina se levantó de un salto y corrió a besar las manos del viejo.

—Perdón, caballero Norberto; siga, siga, por favor —dijo mientras regresaba a sentarse con los ojos dilatados y brillantes.

de lado a lado con sus pupilas algo cansadas. Cuando respondió, su tono era dudoso:

—Creo recordar... sí, estoy seguro de recordar a mi abuelo Edelberto contando historias del antepasado Meliberto. Eran historias fantásticas que, a su vez, se las había escuchado a su abuelo. Me encantaba escucharlas: parecían cuentos.

—¿Y qué contaban esas historias? ¿Lo recuerda? —apuró Francisco.

—¿También insinúa que soy desmemoriado? ¡Ya, ya, calladito! Le diré que esos cuentos eran los típicos del jovencito enamorado de un imposible, pero que todos terminan felices comiendo perdices. Y no me acuerdo de nada más porque me dio hambre. ¿Nadie va a almorzar hoy día, eh?

La señora bajita miró algo incómoda. Iba a responder, pero un golpe hizo que todos corrieran a recoger a Etelvina. Por segunda vez su cuerpo delgado estaba tirado en el suelo.

En la casa del artesano Roberto no había teléfono. Y aunque hubiera habido, Francisco ni siquiera pensó en llamar a su mamá para avisarle que había encontrado a la desaparecida. Por el contrario: en esos momentos todo el mundo se preocupaba de reanimar a la pobre que, de espaldas sobre la alfombra artesanal, despertaba con un pañuelo empapado en colonia sobre su nariz. No bien abrió los ojos, comenzó a reír y a llorar:

—¿Dijo Meliberto, señor lindo? ¿Dijo Meliberto-descendiente-de-príncipes? —repitió mientras lo besaba en ambas mejillas.

—Sí... ¿eso dije? Ah, sí, eso dije. Pero usted, señorita, debe tener hambre porque se me volvió a desmayar —respondió el anciano secando su cara de los besuqueos.

—Nada de hambre, nada de hambre; emoción, emoción pura —la bruja apretó sus manos con expresión adormecida. Y de pronto, se quedó como espantada.

—¿Y qué te pasa ahora? —se asustó Francisco.

—¡Si Meliberto tuvo descendientes quiere decir que se casó! ¡Pero no conmigo!

—Pero Etel, si lo convirtieron en dragón a lo mejor se casó con una dragona...

—¿Les encuentras cara de dragones a los Berto? —lloró Etelvina.

La señora bajita, Norberto y Heriberto la miraron como si fuera una loca. Francisco suspiró, dio un par de golpecitos de aliento en los hombros huesudos de la bruja, y preguntó al viejo:

—Señor, a lo mejor usted recuerda con quién contrajo matrimonio ese antepasado, Meliberto...

—¡Siguen con el asuntito de mi memoria! Bueno, no me acuerdo, ¿y qué? —se sulfuró don Norberto—. ¿Para qué tanta pregunta? ¿Eh?

—O sea que ese Meliberto no se casó con una bru... niña llamada Marisapo —aventuró Etelvina sujetándose a dos manos de la señora bajita que la miraba sin entender.

—¡Ni con sapos, ni con ranas, ni con monos! —exclamó don Norberto, con expresión de ofendido—. ¿Esto es broma, o qué?

Heriberto movía el bigotillo, preocupado, y se adelantó a tranquilizar a su padre y a su esposa, la señora bajita, que había llevado una mano a su corazón. Etelvina, nerviosísima y con una voz que apenas se escuchó, retrocedió hasta la puerta de calle:

—Quiero que sepa don Norbe que usted es la persona más..., más... maravi... —y no pudo seguir hablando porque la boca se le deformó de tanto soportar el llanto.

Francisco corrió a su lado, pero Etelvina tomaba aliento para seguir:

—¿En qué iba? —preguntó el viejo algo irritado por la interrupción.

—En que su abuelo se llamaba Edelberto —apuró Francisco.

—¡Siga, siga, don Norbe! —se agitó Etelvina.

—¿Y qué quiere que le diga, pues niña? —dijo el viejo algo perdido.

—¿Cómo se llamaba el padre de su abuelo? —chilló la bruja.

Todos la miraron. La señora bajita murmuró que se quemaba el arroz y salió en puntas de pies de la pieza. Heriberto, el padre del artesano Roberto, se movió incómodo en el sofá:

—A mi papá se le va la memoria, señorita. Tiene que comprender: es la edad.

El viejo llegó a saltar en su asiento y levantó su mano en gesto castigador:

—¿Qué edad? ¿De qué edad me hablas? ¿Eh, eh?

Heriberto suspiró.

Don Norberto regresó sus ojos color café con leche a lo alto, pestañeó, y un suspiro de Etelvina lo hizo desviar la mirada hacia ella:

—Si quiere que le diga el apelativo de mi bisabuelo me van a dejar concentrarme... Don Dagoberto Jeremías Pancracio: ese era su nombre para que vean que no soy ningún desmemoriado. Y si me apuran, les puedo decir que el padre de mi bisabuelo, o sea mi tatarabuelo, se llamaba Engelberto Noé, y tenía un bigote rubio ondeado hacia arriba, y mi abuelo lo quiso imitar pero no pudo, porque era algo lampiño, ¿no es cierto, hijo? Por lo menos, son las cosas que se cuentan en la familia, je, je, je.

—¿Se va a desmayar de nuevo la señorita? —se asustó Heriberto.

—No, no, es la emoción pura, nada más —se escuchó el hilito delgado y agudo de la voz de la bruja. Sus manos se agitaron como buscando las palabras precisas:

—Señor Norberto... ¿por qué todos en su familia tienen nombres terminados en berto?

El viejo miró el techo y juntó las manos hasta que cada dedo se afirmó en el que le correspondía. Su tono fue muy orgulloso al responder:

—Es la tradición. Nuestra familia tiene sus tradiciones y eso es algo que tengo claro desde que aprendí a usar esta mente —apuntó su cabeza algo pelada—. Somos la familia de los Berto. Y dicen que descendemos de príncipes.

Etelvina miró al niño con la barbilla temblorosa. Sus ojos decían cosas que sólo él podía comprender, porque Francisco, apretando la mano helada que se aferraba a la suya, preguntó:

—Dígame, ¿en su familia hubo alguno con el nombre de Meliberto?

Etelvina tragó saliva con tanta fuerza que todos la oyeron. Don Norberto meditó largamente antes de responder. Su cabeza se movía en forma rítmica y recorría el techo

—Si él hubiera sabido de la familia linda que llegaría a formar, habría estado muy contento. Fueren con quien fueren sus nupcias.

—¿Y quién es *él*? —preguntó el viejo, confuso.

Cuando la bruja formaba en sus labios la sílaba "me", Francisco la arrastró fuera de la casa.

—¿Por qué eres tan atolondrada? —la reprendió cuando caminaban por la acera—. ¡Casi dijiste Meliberto!

Etelvina no respondió. Lloraba en silencio. Las lágrimas caían y dejaban una luz azul por sus mejillas. Francisco la miraba, impresionado. Ahora iba entendiendo tantas cosas: la luz en su dormitorio, la rapidez para hacer cualquier cosa que no quería repetir cuando alguien la miraba. ¡Tuvo que hacer algo cuando el chofer del microbús cambió en forma repentina! ¡Algo le decía a Sebastián cuando no quería dormir o estaba con dolor de encías!

—Etel... ¿cómo...?

No siguió: la bruja se había detenido. Una mano oprimía su frente con maletín y todo colgando del brazo y con la otra lo cogía con fuerza.

—¿Qué te pasa? ¿Qué sientes?

El niño miró para todos lados. En esos instantes el triciclo del pecoso se acercaba lentamente por la calle. Le hizo señas para que se aproximara.

—Etel, es amigo mío, nos puede ayudar...

—Francisquito, Francisquito —Etelvina empalidecía más y más. La luz azul empezaba a gotear a su alrededor.

—Etel... no te vayas a desmayar ni a morir —lloriqueó Francisco al ver que la bruja cerraba los ojos.

El pecoso frenó, brusco.

Las botellas rodaron por el pavimento. Sus gritos atrajeron a los vecinos, porque el muchacho repetía como si hubiera visto a un fantasma:

—¡Estaban allí, los dos, y desaparecieron en el aire!

VIAJE AL SIGLO XV

Las luces giraban. Los sonidos parecían rebotar en sus oídos. El torbellino era un manto que apretaba sin hacer daño, pero que lo llenaba de luces y voces que se unían y separaban a velocidades increíbles.

Francisco creyó estar muerto. ¿No estaría su cuerpo bajo las ruedas del triciclo del pecoso y ahora volaba hacia el cielo?

Pero eso no podía pensarlo: eran sólo chispazos de lucidez en su mente que no alcanzaban a formar verdaderas ideas. Sólo sentía una mano apretar la suya y a ese contacto se aferró para sentirse vivo.

De pronto Francisco vio que las luces dejaban de girar, el torbellino aflojaba su abrazo y los sonidos se separaban unos de otros. Cuando la cadena de voces se independizó, un relámpago enceguecio sus ojos. Al abrirlos se encontró de pie, en medio del campo, junto a Etelvina y ante un hombre de dos metros y medio que lo miraba con las pupilas llameantes.

—¡Hay olor a mortal!

Francisco sintió algo helado en la raíz del cabello.

—¡Mamá, mamá, me trajiste de regreso! —gritó Etelvina.

—¡Etel... es el Grande entre los Enormes! —balbuceó, aterrado.

Seguro: estaba soñando. Despertaría en el suelo rodeado de las botellas del pecoso. No podía ser real esa mujer blanquísima que avanzaba como si no tocara el pasto... "sus cabellos eran sombra de invierno, ojos como pozo sin fondo,

y su vestido y sombrero eran negros como la mermelada de moras", recordó.

—¡La reina Arévalo! —susurró.

Etelvina soltó su mano y corrió. Francisco las vio abrazarse. Etelvina sollozaba tan fuerte que el Grande entre los Enormes tronó:

—Ahá, ahá, ahá, no me gustan los melodramas baratos.

Etelvina lo llamó. Pero el niño no se atrevía a despegar los pies del suelo. Entonces ella lo fue a buscar, radiante.

—Etel, ¿estoy soñando todo esto o sucede de verdad?

—No sueñas, mi amor: mamá me ha traído de regreso al siglo XV. Ven, quiero presentártela.

Francisco sintió girar su cabeza como si aún viajara en el torbellino. ¡Estaba en el pasado!

Miró para todos lados. Cientos de metros más allá un castillo de mármol negro "brillaba furioso al sol". A sus espaldas, en las riberas de un silencioso pantano, varios sapos brincaban con sus patas elásticas y se zambullían de cabeza. El cielo era el que conocía de siempre, con sus nubes gordas y azul luminoso. Sólo que el silencio era distinto al que él recordaba haber escuchado alguna vez. Y, aparte del castillo, no vio ninguna otra casa.

—Etel —susurró— ¿estoy viviendo tu cuento? ¿tengo que decirte Malvina?

Etelvina sonrió. Se veía tan contenta.

—No, mi niño. Soy Etelvina; en el cuento me llamé Malvina, para que ustedes no se dieran cuenta... ¡Pero él me descubrió, madre! ¡Es tan inteligente mi niño del siglo XX!

El Grande entre los Enormes movió sus piernas, impaciente.

Francisco miró esos ojos candentes que no se despegaban de él y esa nariz de ampolleta que se fruncía como si lo olfateara. Y esa reina, inmóvil, con rostro tan blanco y labios rígidos.

Apretó la mano de la bruja:

—Etel, ¿tienes teléfono para...?

Calló. ¡Recién se percataba de que sus padres aún no nacían! ¿Y él?

—¡Etel! —gritó, lívido—. ¡Se puede decir que morí! ¡Se supone que aún no nazco!

—No, pequeño, nada de eso. A mí nada me sucedió cuando avancé en el tiempo, y tú sólo retrocediste.

—¡Debe irse de inmediato! —aulló el gigantón con el puño en alto.

—¡Mamá, dile que espere un poco! —pidió la bruja, asustada.

—¿Es necesario que permanezca más? —habló Arévalo. Sus labios se despegaron para mostrar unos dientes pequeños.

—¿Quieres quedarte un poco más conmigo? —cuchicheó Etelvina.

Francisco meditó. Sí, quería conocer al cocinero y a la mesa quejumbrosa; la pieza azul y los mozos-fideos. Y, por sobre todo, a Meliberto.

—Sí, quiero quedarme.

Al escuchar estas palabras el Máximo Brujo se descompuso:

—¡Esto es una burla! Cometiste una falta, princesa, y debí castigarte con el destierro. Tu madre consiguió disminuir tu castigo, y yo he viajado especialmente del norte para presenciar tu regreso. ¿Y cómo regresas? ¡Con un mortal! ¡Y tu castigo fue por culpa de otro mortal!

El puño se agitaba contra las nubes.

Etelvina no alcanzó a responder porque, en esos instantes, los gritos despertaron a un gran sapo que dormitaba junto al pantano. Abrió ojos y bocaza, y de un solo y magnífico salto recorrió los cuarenta metros que lo separaban de Etelvina y aterrizó en su hombro.

—¡Celso! ¡Mi fiel Celso! —la bruja besó con ternura una pata verde—. Escuché tu voz en el castigo: no sabes cuánto me ayudaron tus consejos.

Celso y su mirada redonda se iluminaron enteros de emoción.

Nuevamente la ira del Grande entre los Enormes sobresaltó hasta a la misma reina que se mantenía en su sitio con los brazos cruzados y la cabeza erguida.

—¡Basta de melodramas! ¡Doy un par de días de permiso a este mortal con zapatos de género, pantalones extraños y ojos de curioso... ¡Ni un día más!

—Ay, Etelvina, bruja atolondrada. ¿No pudiste viajar sola? ¿Tuviste que arrastrar a un mortal en tu regreso? Ahora él sólo te tiene a ti, igual como en el siglo XX los tuviste a ellos.

La voz de Celso se escuchó apenas, confundida casi con el rumor de algunas hojas que se arrastraban entre la hierba del extenso campo repleto de naranjos y olivos.

Caminaban hacia el castillo negro.

Francisco no soportaba la excitación. No sólo subiría los trescientos escalones, sino que él mismo podría tocar la campana para oír su aullido. ¿Sentiría temor ante la sonrisa de Momo? ¿Escucharía las quejas de la mesa de ocho patas?

Se apegó a su amiga que caminaba junto a su madre. Arévalo se deslizaba como si no tocara el suelo, en cambio el Máximo aplastaba el pasto con los zapatones de cordones gruesos como látigos y las hebras verdes demoraban varios minutos en recobrar la posición inicial.

Justo cuando los sapos dieron inicio a una canción sin palabras a la orilla del pantano, el castillo negro se alzó frente a Francisco.

Etelvina lo había descrito muy a la rápida y pudo verlo en toda su esplendidez: las ventanas largas y angostas lo rodeaban como cintas que dejaban entrar la luz; la interminable escalera llegaba a una puerta de madera tan grande

como una muralla, y en el techo alto, muy en lo alto, cientos de torres ovaladas, parecidas a los peones de ajedrez, se alzaban con tanta gracia, que el castillo parecía una inmensa torta oscura donde, en la torre más alta y justo en el medio, flameaba con indiferencia una bandera negra con flores doradas.

—Etel..., déjame tocar la campana parlante —pidió, trémulo.

Ella afirmó con una sonrisa.

Francisco subió de tres en tres los escalones; sus zapatillas deportivas no hicieron ruido al saltar aquellos mármoles brillantes hasta llegar a la puerta. Retomó el aliento. Allí colgaba el cordel, tiró con fuerza y ... "¡GEEEEN-TEEE!"

¡La había imaginado ronca y lúgubre, pero el grito era más parecido al chillido de una vieja aburrida y mal genio!

La puerta se abrió casi de inmediato. Un mozo alto y flaco se inclinó ante la presencia de Arévalo y el Máximo y, con un sobresalto, miró a Etelvina.

—¡Princesa! —exclamó—. ¡Qué alegría teneros de regreso!

La bruja palmeó uno de los endebles brazos del mozo y éste desapareció, apareció y volvió a desaparecer.

Atravesaron la espaciosa sala de entrada. Etelvina no le había contado mucho, en realidad; ahora podía verlo con sus propios ojos. Era iluminado por algo parecido a una neblina dorada. Las paredes estaban adornadas con cuadros cuyos marcos luminosos daban la sensación de vida a los personajes en exhibición. Algunos mostraban a hombres y mujeres de rostros blancos y labios rígidos como la reina; otros, risueños, posaban con muecas burlonas y parecían guiñar sus ojos. Supuso que serían antepasados del rey Morrón.

Arévalo hizo sonar una campanilla que estaba en el medio de una mesa de ocho patas...: ¿la quejumbrosa?

Prefirió no acercarse. Una sombra cubrió el umbral de una puerta, al otro lado de la sala.

—Diga, mi reina —habló la figura y algo destelló en su rostro.

—Pon dos cubiertos más, Momo; tenemos visitas.

—¿Visitas importantes?

—¡Sí, la princesa Etelvina y... un mortalcillo del siglo XX! —gruñó el Máximo.

Desde allí Francisco vio la sonrisa más llena de dientes que jamás imaginó y apretó con fuerza la mano de la bruja. Nunca había estado más nervioso... Estaba viviendo en medio de un cuento, pero el Grande entre los Enormes no lo quería. Era, ahora, un mortal entre los brujos, un Meliberto cualquiera. Estaba expuesto a la ira del Máximo Brujo de la Andalucía del siglo XV y hasta podía terminar convertido en un dragón. Tironeó el brazo de Etelvina:

—Etel... ¿y si me convierte en dragón, igual que a Meli...? —y calló al sentir un pellizco.

El Máximo miró a Arévalo.

—Te dije, reina, que *ese* nombre se volvería a escuchar. Te dije que enviaras lejos al dragonerizo. Pero tú... —y pateó con rabia la alfombra gris.

—Mi hija es inteligente; no habrá problemas —la reina habló con leves movimientos de labios.

Y sin agregar más palabras, con un gesto distinguido de sus dos brazos, los invitó a pasar a un comedor con mesa de ébano y sillas de altos respaldos tapizadas en seda negra.

Cuando entraron, descendió desde el techo una lámpara formada por treinta manos de cristal que sostenían treinta pequeñas lunas encendidas.

El Gran Brujo se sentó en un extremo, Arévalo en el otro. Francisco y Etelvina quedaron frente a frente.

Por espacio de un minuto nadie habló. Hasta que apareció Momo, portando una enorme fuente de plata. La dejó sobre la mesa y miró a Francisco con unos ojillos que casi desaparecían bajo unas frondosas cejas. El niño rogó para que no sonriera, pero el ruego no fue escuchado. El cocinero, a pocos centímetros de su cara y mientras le ofrecía una impecable servilleta de lino negro, dijo:

—Me da mucho gusto, princesa, tenerla de vuelta en el castillo. Y que sea bienvenido su menudo amigo de lejanos siglos —la sonrisa de 128 dientes dejó al niño sin respiración. ¡Un mordisco, y desaparecía su oreja como en la boca de un cocodrilo!

—A mí también me da gusto, Momito. Y quiero que sepa que me lucí en el siglo XX con su famosa salsa de chinchipati —respondió Etelvina con afecto.

Momo estiró la boca hasta mostrar las ocho muelas del juicio. Y desapareció tras una puerta para disponer el segundo plato.

Comenzó el almuerzo. Francisco no preguntó qué era esa masa celeste ni esas torrejas verdes que flotaban en salsa granulada. Fuese lo que fuese, sabían a gloria. Hasta que la reina, con voz sin matices, preguntó:

—¿Qué aprendiste en el futuro, princesa?

57

Etelvina, que comía con apetito, se detuvo con el tenedor de plata en el aire.

—Aprendí que los niños son maravillosos, reina mía. Y segundo, que los artesanos son muy artistas... —agitó las pulseras.

—Después te preguntaré sobre esos brazaletes baratos, hija. Quiero saber si te sirvió el castigo para algo —la reina trató de dar a sus palabras un sentido muy especial.

Francisco contuvo la respiración: quería saber si Etelvina había olvidado a Meliberto. El una vez leyó que a una niña la enviaron a Europa para olvidar un amor que no le convenía. Y los brujos enviaban al pasado o al futuro como quien envía a un viaje largo. ¡Etelvina tenía que ser muy inteligente al responder!

—Responde a la reina —dijo el Grande entre los Enormes mientras engullía una torreja.

—¡Uf, claro! ¡Me sirvió para muchísimas cosas! —dijo Etelvina. Con manos nerviosas tomó la copa de su madre y se tomó de un sorbo el líquido celeste.

—Lo que no corregiste fueron tus modales —refunfuñó Arévalo, limpiando el mantel con la punta de la servilleta.

—¡No me gustan los rodeos! —tronó el Máximo. Levantó su puño sin despegar sus ojos de volcanes de la angustiada Etelvina—: ¿Olvidaste o no al mequetrefe de ese mortal Meliberto que parece haber ablandado el corazón de toda una reina? —miró a Arévalo.

Etelvina se atoró.

Francisco corrió a su lado a golpearle la espalda. Ella lo tomó de la cintura y no lo dejó regresar a su asiento. Aclaró su garganta, y respondió con la barbilla temblorosa:

—¿Hay postre?

El Grande entre los Enormes descargó un puñetazo que hizo saltar las copas:

—¡Hice una pregunta, princesa!

—Responde al Máximo, hija —dijo la reina, inmutable.

—¿Que si olvidé a quién? —la trémula brujita se apretó a Francisco.

—Al que debiste olvidar y supongo que ya olvidaste —aclaró la reina. Sus ojos enviaban mensajes que Etelvina no quiso captar.

Porque prefirió, como siempre, omitir:

—Yo a ese Meliberto ya no lo quiero.

El Máximo y Arévalo se miraron. El brujo bajó el brazo y tragó la última torreja verde. Se escuchó un leve suspiro de Arévalo. Francisco miró a Etelvina, incrédulo. Entonces ella, con una voz tan leve que el niño apenas alcanzó a escuchar, musitó:

—No lo quiero porque lo amo, simplemente. Y más aún: lo adoro.

Pero, ¿cómo se las iba a arreglar Etelvina para ver nuevamente a su novio? ¿Era un dragón o no? ¿Dónde estaba? Etelvina, como si hubiera estado pensando exactamente lo mismo, preguntó en tono inocente:

—Madre y Reina mía. Me pregunto qué pasó conmigo cuando perdí el conocimiento al bajar los 300 escalones del castillo.

—¡Sí, cuente, cuente! —saltó Francisco, deseoso de saber el resto de la historia.

Arévalo se acomodó en la silla. La seda del vestido y la seda del tapiz susurraron a dúo. Y entre sorbo y sorbo del líquido celeste, comenzó:

—Decidí que si perdías el sentido tu sufrimiento sería menor. Así es que, cuando te desvaneciste, te tomé en brazos. Comes menos que lagartija a dieta, casi no pesas, y te llevé sin problemas hacia el Patio de los Hechizos Severos donde esperaba el Grande entre los Enormes. Tú no escuchaste, pero te dije al oído: "Vivirás tu castigo del exilio, pero regresarás antes de lo que imaginas. Eres mi hija y te quiero, pero las leyes de los brujos son muy precisas. Sin embargo,

puedo mitigarlas un poco porque soy la reina." —Arévalo no levantaba los ojos.

El Máximo tosió.

—Ahá, ahá, ahá... Y yo las vi llegar al Patio de los Hechizos Severos. Arévalo me explicó su deseo de no despertarte. Acepté. Entonces levanté mi puño para recitar el hechizo adecuado.

El brujo se puso de pie. Cuando comenzó a hablar, las copas saltaron hechas añicos y en la cocina a Momo se le quebraron los platos en la mano.

Al siglo XX merengue
al siglo XX tú irás
y de ese siglo algún día
algún día volverás
sólo cuando este castigo
se cumpla, y se cumplirá
sólo cuando esté cumplido
día menos, día más.

El Máximo bajó el brazo y tomó asiento. La reina, con los ojos puestos en un punto indefinido del comedor, continuó:

—Desapareciste en medio de una luz azul: tu luz, hija. Entonces el joven mortal que te miraba como un bobo se echó al suelo, llorando, sus manos golpeaban la tierra y también se dio unos cuantos cabezazos.

Se escuchó un resoplido de Etelvina que carraspeó para disimular.

—Supuse que estaba aterrado. Era su turno —dijo Arévalo. Sus dientes pequeños aparecían de cuando en cuando al hablar.

—Ma-madre... ¿Recuerdas lo que hablamos antes de ir a mi castigo? —Etelvina trató de que su voz sonara casual—. ¿Recuerdas que convinimos en que las leyes de los brujos no tienen por qué afectar a los mortales? ¿Recordaste eso? ¡Lo

59.

digo por pura curiosidad y para poner a prueba mi buena memoria después del regreso!

—Ahá, ahá, ahá... —tronó el Máximo y Francisco dio un respingo—. Claro que yo lo recuerdo bien. Porque significó un enorme trabajo para los brujos doctos en leyes y una larga discusión con la reina.

—Pero la gané —dijo Arévalo, inmutable—. Lo que es justo debe ser justo, y lo que tú decías era lo justo, hija.

—¿Y entonces? ¿Convirtieron o no en dragón al pobre Meliberto? —preguntó Francisco, ansioso.

—No —dijo el Máximo. Su voz sonó varios tonos más bajos que el normal y el "no" rebotó en los rincones.

—Pero trabaja en las dragonerizas. Ese fue su castigo —dijo Arévalo.

—¿O sea que... está... aquí? —Etelvina hizo la pregunta como si empujara cada letra.

—Desde hace cuatro meses. O sea, desde que te fuiste.

Francisco sujetó a Etelvina que resbalaba por el tapiz de seda. ¡Meliberto, el famoso mortal del que descendían todos los Berto, estaba en el castillo!

Arévalo se levantó. El Grande entre los Enormes bostezó, estiró los brazos, sus ojos se cerraron, y se quedó dormido en la silla con el puño en alto.

Francisco y Etelvina caminaron con la reina hacia el salón del castillo. La brujita estaba muy pálida, restregaba sus manos con tintineos de pulseras. Francisco la miró. ¡Cuánto había llegado a querer a esa mujer delgadita, con nariz puntiaguda, labios delgados y ojos tristones! No quería hablarle de Meliberto. Sabía que ella pensaba en él, porque en esos momentos sus pupilas eran dos cabezas de alfileres: brillantes y pequeñas. Eran los ojos que ponía al contar el cuento de Malvina. Pero, qué ganas de conocer a ese mortal. ¡Sería como enfrentarse a un superhéroe de película de fantasía! ¡Sería como enfrentarse a lo real de lo irreal!

—¿Cuál es la historia de esas pulseritas baratas? —la voz de Arévalo sacó a ambos de sus pensamientos.

—Se las compré al artesano Roberto, madre.

Francisco se estremeció. Temía a la reina Arévalo. No con el temor que sentía por el Grande entre los Enormes. Pero esa mujer no sonreía nunca.

—¿Dónde dejaste el maletín de viaje? —preguntó la reina de pronto.

—Oh..., creo que lo dejé en el jardín..., lo solté para abrazarte —recordó la brujita—. Pero cuidé tu sombrero, madre. Me recordaba todo el tiempo que era una bruja; era el lazo que me unía al pasado. Ellos nunca lo vieron —dijo, indicando a Francisco.

El niño quedó pensativo. Verdad. Si lo hubiera visto habría tenido la absoluta seguridad de que Malvina y Etelvina eran la misma persona. Pero también se dio cuenta de que habría sentido más temor aún.

—No fui tan atolondrada después de todo, ¿verdad? —preguntó Etelvina.

Francisco sonrió abiertamente.

—Etelvina, te ordenaré algo —dijo la reina, más seria aún de lo acostumbrado.

—Di, madre.

—Te prohíbo acercarte a las dragonerizas. Ese... joven terminará su castigo hoy día mismo, igual que tú, y podrá partir. Pero no deben verse. Creo que me entiendes y no tienes problemas, ya que lo olvidaste.

Etelvina trató de decir algo, pero no supo hilvanar una frase. Y en ese instante la campana gritó: ¡Geeennteeee!

—¡Déjenme abrir! —pidió Francisco.

Corrió y tropezó con la mesa de ocho patas. Un ahogado "ay, qué dolor" se escapó de la madera. El niño se detuvo, asustado pero expectante. Una de sus manos acarició la cubierta.

—Perdón, mesa —musitó. Un suspiro ahogado fue la respuesta.

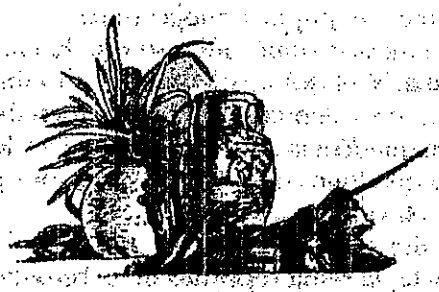
La campana aulló un segundo y aburrido "geeentee". Francisco corrió, tocó el pesado picaporte, y la puerta se abrió con suavidad.

De pie en el umbral, con la respiración agitada como si hubiera subido de carrera los 300 escalones, un joven con el maletín de estampados de lunas, dragones y soles en la mano lo miró con ojos de susto.

—¡Roberto el artesano! —exclamó Francisco.

Y luego de decirlo, la verdad le llegó en un relámpago al cerebro:

—¡MELIBERTO!



ETELVINA Y MELIBERTO

Una larga mirada flotó desde la puerta hacia el centro del salón.

Etelvina, de pie junto a la mesa de ocho patas, se agarró a sus pulseras. Meliberto extendía el maletín estampado.

Los labios de la brujita murmuraban cosas que nadie entendía; Meliberto pestañeaba; cada párpado le pesaba un kilo. Los ojos, idénticos a los de los Berto del siglo XX, color café con leche, largas pestañas curvas, no se despegaban de la frágil figura.

La voz de Arévalo sonó más seca que leño al sol:

—¿Qué hace usted aquí?

La respuesta pareció llegar a través de algodones:

—Vine... a traer... esto.

Etelvina, con las manos deshechas de tanto apretarlas, dio un paso hacia adelante:

—Tanto tiempo, Meli-Meliberto. ¿Cómo estás?

—A-aquí estamos, Etel-vina.

¿Y el abrazo? ¿Y el abrazo de final de cuento? ¿Qué pasaba que ninguno se atrevía a manifestar lo que verdaderamente pensaba? Francisco sintió que algo le dolía en el pecho. ¿Por qué Arévalo y el Grande entre los Enormes eran tan crueles? ¿Importaba tanto que una fuera bruja y otro mortal? La respiración del niño se agitó. Nadie hacía nada. Pero Arévalo, con una palidez que la hacía transparente, gritó:

—¡LOS DOS ESTAN FINGIENDO! ¡TODO HA SIDO UNA BURLA, Y LO SUPE SIEMPRE!

Los ronquidos en el comedor cesaron. Los zapatos del Grande entre los Enormes aparecieron en el umbral antes que su figura. Miró a la reina que entreabría sus rígidos labios y al joven que seguía con el maletín extendido. De inmediato su puño se elevó hasta el techo. Las luces del exterior, desde las ventanas largas en la orilla misma del techo, iluminaron su mano.

—¿Empezaron los problemas, dragonerizo? —vociferó.

—Creo que sí —murmuró Arévalo—. Eso intuyo. Aunque nada sucede aún.

—¡Te lo advertí: había que enviar lejos al mortal, antes del regreso de tu hija! ¡Pero veo que tienes algunas debilidades de madre por encima de las reglas brujas!

—Soy reina. No me grites —susurró Arévalo; sus labios se abrieron mucho esta vez para modular todas las sílabas.

—Y yo soy el Grande entre los Enormes, encargado de velar por el orden del género brujo, por los tiempos de los tiempos —iracundo, golpeó el pie contra la alfombra gris— ¡Y viajo por sures y nortes para vigilar ese orden!

—Estoy segura de que mi hija no es una estúpida. Aún no hablo con ella —dijo Arévalo. Parecía confundida. Por primera vez sus palabras sonaron algo débiles.

Etelvina y Meliberto no escuchaban. Seguían enredados en una mirada larga. Francisco, expectante, no perdía detalle ni del diálogo de los brujos ni de la actitud de los enamorados.

—¡REUNION INMEDIATA Y ACLARATORIA! —bramó el Máximo.

Su dedo indicó la salida al final del pasillo azul.

¡La salita donde Meliberto y Etelvina se habían declarado su amor! Francisco, de una carrera, llegó junto a la brujita y la tomó de la mano.

—No temas; te defenderé —susurró.

Ella no respondió. Caminaba mirando hacia atrás. Meliberto, con el maletín extendido, la seguía con pasos inseguros.

Entraron. El dedo del Grande entre los Enormes indicó a cada uno un asiento. Arévalo permaneció de pie, con los brazos cruzados, ojos inmutables y labios convertidos en una línea.

El Grande entre los Enormes estaba furioso. Ni siquiera levantó su puño para hablar.

—Repito mi pregunta: ¿Empezaron los problemas, dragonerizo y princesa?

Etelvina tembló, Meliberto también. No dijeron ni sí ni no.

—¿No niegan entonces que hay problemas? —la voz era un chorro potente; las pupilas, fuego puro.

Entonces Francisco sintió que eso que le hacía doler el pecho aumentaba. Y el dolor se convirtió en rabia. La rabia en furia. La furia en valentía. En valentía increíble. Dio un salto y su cabeza quedó a la altura de las rodillas del Máximo. La levantó hasta que logró mirarlo, directo a los ojos, y gritó:

—¡Reina y Máximo: escúchenme!

La cabeza del Grande entre los Enormes bajó medio metro, estupefacta; la reina reprimió un sobresalto de asombro. Etelvina y Meliberto extendieron una mano, protectores.

—¡No tengo ni una pizca de miedo! —exclamó el niño iluminado—. Pero sí tengo mucha, mucha pena por Etelvina. ¿Por qué la hacen sufrir de este modo? ¿No se dan cuenta de que ustedes con sus leyes ridículas impiden sus propias felicidades? ¿Cuántas brujas tristes conocen? ¿No se dan cuenta de que no entienden el verdadero amor? En el siglo XX la gente se casa con quien desea, y punto. ¡No entiendo por qué mi abuela dice que todo tiempo pasado fue mejor!

Todos escuchaban con los ojos desorbitados. Pero Francisco ya estaba fuera de sí.

—Y para que usted, señor Máximo, y usted, señora reina, también lo sepan de una vez por todas, porque si no lo digo yo, ella no se atreverá ¡Etelvina y Meliberto se casarán! —y levantó un puño al estilo del Gran Brujo.

—Estás loco —el hombrón no podía creer tal osadía. Miró a Arévalo en espera de apoyo.

—Ellos se olvidaron —musitó ella.

—¡No se han olvidado y puedo probarlo! ¡No, no tengas miedo Etel, y tú tampoco, Meliberto! Deben saberlo ahora: yo, personalmente, conocí a la descendencia de ellos. ¡Su descendencia existe en el siglo XX! Señora reina: conocí a su... —sacó con los dedos unos complicados cálculos—, conocí a su tatara-tatara-tataranieto, ¡para que lo sepa! Se llama Roberto, es artesano, y su padre es un señor llamado Heriberto, hijo de un anciano orgulloso de su parentela, llamado Norberto. Este anciano sabe mucho, sabe lo que usted aún no sospecha porque no lo ha vivido. El nos habló a mí y a Etel de Meliberto...

Se calló. Ya casi no le quedaba aliento.

La voz de Arévalo se escuchó en un murmullo ahogado:

—Está loco.

El Máximo lanzó una carcajada:

—Ahá, ahá, ahá... ¡este jovencito del siglo XX parece que lee muchos cuentos! ¡Qué imaginación! Ahá, ahá, ahá.

—¡No es imaginación señor Grande entre los Enormes! —gritó Francisco, furioso—: créalo o no, ellos iniciarán la tradición de los Berto. Toda su descendencia tendrá un nombre terminado en Berto! ¿Y saben por qué?

—¿POR QUE? —preguntaron todos.

Francisco quedó en suspenso. ¡No tenía la menor idea!

—¿POR QUE? —insistieron.

Francisco abrió la boca para responder algo y, ¡oh, maravilla, lo supo! ¡Lo supo! ¡El sería el encargado de crear la tradición para el futuro! ¡Estaba a punto de inventar la tradición de los Berto! ¡Lo que él dijera ahora sería la verdad para el futuro y, en el futuro, la verdad del pasado!

—Sencillamente porque su nombre formará una cadena de amor. Una cadena que nadie romperá en recuerdo del amor de ellos —indicó a los enamorados—. En recuerdo de ellos que vencieron todo: ¡hasta al tiempo!

Francisco calló. Respiraba como si estuviera rendido. Tenía muchas ganas de llorar.

Y como apenas tenía once años, eso fue exactamente lo que hizo.

Etelvina corrió hacia él. Se dejó estrechar contra el pecho delgado de su querida amiga y los sollozos se escucharon un rato en el pequeño saloncito. El Grande entre los Enormes, mudo, miraba a Arévalo. Y la reina, casi evaporada de blancura, movía sus labios sin hablar. Meliberto apretó el maletín de Etelvina.

—Madre, Máximo: todo eso es cierto. En el futuro conocí a mi descendencia. Sólo que no sabía si era yo u otra la que se había casado con Meliberto. Pero, al parecer, él me ha esperado —se sonrojó.

—Y quiere decir que ustedes lo aceptarán —concluyó Francisco contra la blusa de Etelvina—. Porque lo que ya pasó en mi siglo tiene que comenzar a suceder ahora —agregó, tratando de aclarar el enredo de pasado y futuro.

—Mi hija y un dragonerizo mortal —murmuró Arévalo.

—Estoy confundido —el Máximo levantó los brazos y los dejó caer.

Francisco volvió a la carga:

—Supiera lo hermosa que será su familia. Los Berto de la calle Viñedos hablan de ustedes con un orgullo enorme. Me contaron que existen Dagobertos, Gilbertos, Edelbertos y otros más.

—¿Edelberto? ¡Vaya qué nombre ese! —exclamó la reina.

—Bueno, sugiero Edgardo de las Mercedes Edelberto,

63.

así se arregla el nombre y no se corta la tradición —Meliberto habló con su voz gangosa por primera vez.

—¡Ese era el nombre! —gritó Francisco lleno de emoción.

¡Qué extraño se sentía! ¿Como si viviera hacia atrás! ¿O hacia adelante?

Ahora Meliberto habló con un no sé qué de tibieza en su voz. Pero antes, con un tímido ademán, acarició los cabellos de Francisco:

—Pido formalmente a usted, reina Arévalo, y a usted, señor don Grande entre los Enormes, la mano de la señorita Etelvina, princesa bruja. Y prometo ante mí, Meliberto, hijo del soldado retirado, hacerla feliz hasta que mi garganta pueda pronunciar el último "te amo".

El silencio era completo.

En el salón, la mesa de ocho patas se deslizó con su carga de ramos y sus maderas apenas dejaron escuchar un suspiro. La campana parlante osciló, enmudecida. La bandera paró de flamear.

La reina pensaba.

El Grande entre los Enormes meditaba. Los rincones de la salita se encendían de luces azules.

¿El futuro lo decía?

¿Etelvina conoció lo que ya había ocurrido?

¿O sea que ellos, reina y brujo, habían aceptado esa unión?

¿O tendrían que aceptarla ahora? ¿Podrían evitar lo que en el siglo XX era una realidad?

Arévalo y el Grande entre los Enormes se miraron: si algo era un hecho en el futuro, era porque ellos lo decidirían ahora.

—Sea —anunciaron a una voz.

Francisco dio un salto. Sus gritos de alegría espantaron a Momo y a treinta mozos-fideos que escuchaban tras las puertas.

Los novios se abrazaron como si muchos siglos los hubieran separado.

—Conocieron a mi tatara-tatara-nieto —se escuchó murmurar a Arévalo. Sus mejillas tenían un levísimo tono rosa.

—No soporto los numeritos románticos —sentenció el Máximo. Y partió a grandes trancos a preparar su Canto Ceremonial, mientras imaginaba la fórmula más eficaz de eliminar el fuerte olor a dragón del novio antes de que se convirtiera en príncipe.

En la cocina, Momo bailaba abrazado a un plato. Y en la torre más alta, la bandera flameó como si aplaudiera.

64

FRANCISCO, PAJE DE ETELVINA

Centenares de sapos cantores, guiados por la enérgica voz de Ceiso, enmarcaban la orilla del pantano. Uno a uno descendían los coches de niebla repletos de brujos de todos los lugares de la Tierra y se estacionaban a lo ancho del campo.

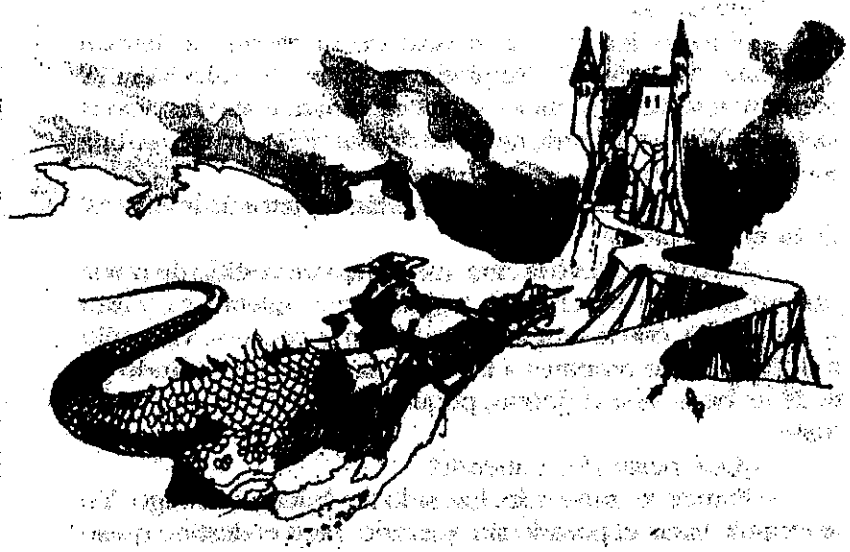
Los invitados avanzaban hacia sus lugares. Francisco miraba desde una habitación del castillo negro. Estaba nervioso. Etelvina le había pedido que fuera el paje encargado de llevar las sortijas. Un cojín de raso negro con mostacillas de plata esperaba sobre la mesa, y en el medio, las dos argollas azabaches.

Los trajes de las brujas eran increíbles. Pensó en su mamá y en la abuela, y lo encantadas que habrían estado observando. Allá reía una bruja de cabellos celestes con un vestido del mismo color, angosto como una funda, cuya cola arrastraba por el suelo varios metros. Otra sacaba sus manos por unas ranuras a los costados de una capa. Cuando las movía, luces lilas revoloteaban en la cara de su elegante vecina, ataviada con una falda tan amplia, que bajo ella cabría un circo completo. Brujas gordas y flacas. Altas y bajas. Bonitas y feas. Pero todas se veían contentas, sobre todo cuando Momo avanzaba con una bandeja en cada mano, repleta de cálices negros con burbujeante líquido blanco. El coro de los sapos entonaba una melodía un poco repetitiva, pero afinada, que siempre terminaba en un "croar, croar, la fiesta va a empezar".

Francisco recostó su frente en la ventana. Sus ojos ya no se asombraban. Llevaba dos días en el siglo XV y había conocido todo o casi todo lo interesante. Sólo faltaba Marisapo. La prima envidiosa, la que no dejó tiempo para que Etelvina pudiera hablar con su madre y convencerla de que amar a un mortal era amar a un hombre: brujo o no brujo.

Pero nadie la nombró siquiera. Etelvina, demasiado feliz mirando los ojos de su Melliberto, y la reina, por su parte, dando órdenes a Momo para que preparara los más deliciosos platos para la fiesta de bodas de su única hija. Y el Máximo, sin tener ya nada que hacer, luego de la boda pretendía regresar al norte. El único que se preocupaba de Marisapo era él, Francisco.

Pero no sólo por Marisapo. ¿Qué pensarían todos en el futuro? ¿Estarían preocupados? A pesar de que Etelvina aseguraba que su ausencia hasta este momento no sería más



de dos horas, a Francisco le parecía imposible. ¡Imposible! Seguramente ya la policía andaría buscándolo y su foto aparecería en todos los diarios. Y en la televisión, un señorita con voz muy suave, diría: "De nuestro servicio de utilidad pública: se ha perdido un niño de diez años llamado Francisco. Se extravió el viernes recién pasado desde un centro comercial. Se cree que estuvo mirando unas pulseras de cobre. Viste jeans y polera gris y zapatillas deportivas. Sus ojos son verdes y sus cabellos castaño claro. Cualquier noticia sobre su paradero será de gran ayuda para la familia que, en estos momentos, se encuentra presa de una angustia enorme". Y la señorita, luego de otra encantadora sonrisa, desaparecería de la pantalla.

Francisco sintió en el pecho una mezcla de angustia y curiosidad. No sabía explicárselo muy bien. Pero en esos momentos la puerta de su habitación se abrió, y entró Etelvina. El niño lanzó un grito. ¡Qué fea estaba! ¡Tenía la cara entera negra!

Etelvina rió:

—Esto lo leí en una revista de tu mamá: le llaman "máscara de belleza". También lo vi en tu televisión, y siempre resulta. ¡A lo mejor yo luciré guapa, como las novias del siglo XXI —exclamó, radiante a pesar del barro que cubría sus mejillas y frente.

—¡Etel! ¡El jardín y el pantano están repletos de invitados! ¡Y tú en esa facha!

—Pero yo me lavo la cara, me pongo mi vestido de novia que me hicieron anoche cien tejedoras muy talentosas, y listo —respondió, con la lengua encajada en la encía—. Vine sólo a decirte que te prepares a las doce de la noche. Cuando yo te dé un beso, será el último, pequeño —continuó. Y se puso triste.

—¿Qué pasa? ¡No entiendo!

—Francisco, niño mío: has sido tan bueno conmigo. Yo te empujé hacia el pasado sin quererlo. Pero el destino quiso

que tú retrocedieras en el tiempo para que yo y Meliberto pudiéramos ser felices. Si tú no me hubieras descubierto en el futuro, nada de esto sería ahora posible. ¿Quién iba a pensar que en el castigo iba a encontrar mi felicidad? —preguntó, temblorosa.

—A lo mejor el Grande entre los Enormes lo hizo a propósito —balbuceó Francisco.

—Lo que sí tengo claro es que tú serás un hombre valeroso, de esos que saben defender lo que consideran justo —sonrió con ternura.

Francisco trataba de mantener la serenidad.

—Estoy contento de conocer el final de tu cuento —dijo al fin.

—¡Y falta lo más importante! —Etelvina dio un salto hacia la puerta, como recordando—. ¡Cuando suene un gong debes estar listo! ¡Rememora todo para que no se malogren los detalles!

Y salió luego de una última sonrisa.

Francisco quedó solo. A las doce estaría de regreso en su ciudad del siglo XX. ¿Dónde reaparecería? ¿Y a qué hora? Pero lo mejor sería no pensar en eso ahora y disfrutar de ese acontecimiento que le esperaba.

Volvió a la ventana. El sol lanzaba sus últimos rayos sobre el jardín del pantano y en el fondo del cielo se acumulaban las nubes como porciones de crema rosada. Los invitados paseaban. Desde arriba sus cabellos parecían nidos multicolores y Francisco resistió la tentación de lanzarles algunos papeles. Tuvo conciencia de que era la boda más extraña a la que había asistido en su vida. Aunque él hubiera ido sólo a dos fiestas, se daba cuenta. Incluso en los cuentos, las brujas no se casan jamás.

En esos momentos los mozos-fideos corrían con unas canastas y las escondían a los costados del pantano. Sus manos delgadísimas brillaban cada vez que las introducían bajo las tapas de los recipientes y goteaban algo luminoso. ¿Qué sería aquello? Desvió la mirada hacia un grupo de mujeres que reían muy fuerte: en cada carcajada les crecían los geranios y magnolias que adornaban sus cabezas.

Momo levantó su bandeja de plata y llegaron corriendo unos treinta mozos delgados. Sostenían en la punta de sus dedos unas vasijas muy parecidas a enormes cáscaras de nueces, las que ofrecían a los invitados junto a unos cucharones de plata. Ellos los sumergían y luego tragaban un líquido color chocolate, espeso, y tan helado o tan caliente, que dejaba escapar vahos blanquecinos.

Y de pronto, un sonido hondo repercutió en una "O" interminable.

Los invitados volvieron sus cabezas hacia el castillo y se dispusieron, silenciosos, en dos largas columnas que dejaban un camino en el medio.

Francisco, nerviosísimo, tomó el almohadón negro. Sin despegar la vista de las sortijas azabaches caminó muy tieso

hacia la puerta del dormitorio. Atravesó quince pasillos. Bajó doce pisos. Caminó por el último y largo pasadizo de alfombras grises. Comenzó a descender la escalera hacia el salón de entrada.

Ahí, frente a la puerta de ébano, esperaba Etelvina junto a su madre.

Arévalo, con la cara blanca y los labios pintados de azul, envolvía su cuerpo en una amplia y rígida capa de cuero satinado contra cuyo fondo negro saltaban cientos de lunares de oro. Un cuello altísimo ocultaba por detrás su cabeza, pero resaltaba de frente la blancura de su garganta. No sonreía. Sin embargo, contemplaba a su hija con un brillo melancólico. A ella, la brujita delgada, más frágil que nunca, a punto de desvanecerse en un traje de espuma color marfil, cuyos bordes flotaban y caían nuevamente en su lugar sin que ella se moviera y sin que el viento soplara. Sus cabellos estaban trenzados en un moño cónico que se elevaba veinte centímetros por sobre su cabeza y, en lo alto, treinta y nueve pulseras de bronce, una sobre la otra, amarradas con hilos de oro, formaban el tocado espectacular.

Francisco llegó junto a ellas. Trató de sonreír. Arévalo tomó la mano de su hija y Francisco se puso frente a las dos.

Los sapos comenzaron una melodía sin voces, una sordina más aterciopelada que el vestido de hilos de araña de Etelvina, cuando ellos descendieron los trescientos escalones del palacio negro.

SORPRESA Y ADIOS

Francisco caminó por el centro de las dos columnas de brujos. Escuchó susurros de asombro a su paso, y unas manos se adelantaron para tocar su rostro con curiosidad. El se mantenía solemne, fijos los ojos en la figura enorme y quieta a la orilla del pantano. Atrás, las pisadas silenciosas de Arévalo y Etelvina apenas sonaban sobre los pétalos de flores que cubrían el camino. Se moría de ganas de volverse para mirar la expresión de la bruja, pero suponía que eso arruinaría el conejo. Caminó tal como le habían dicho, con el almohadón a la altura de sus narices, y llegó hasta donde tenía que llegar. El Grande entre los Enormes levantó su puño derecho y lo abrió, separando los cinco dedos de la inmensa mano. Francisco se colocó al lado derecho del Máximo. Parecía un juguete de pocos centímetros acompañando a un gigante con ojos de llamas.

Etelvina soltó la mano de su madre. Arévalo se deslizó hasta ocupar su lugar al otro lado del Máximo. Y ahí quedó Etelvina, tímida, con los ojos abiertos, mientras su vestido se movía hacia allá y hacia acá.

La otra mano del Máximo se elevó. Cuando los cinco dedos se abrían hacia lo alto... un sonido estremeció las quietas aguas del pantano. Su dedo índice comenzó a dibujar un amplio movimiento. Como salido del fondo de las sombras y siguiendo el camino que el dedo indicaba, apareció un carro de niebla tirado por doce dragones. Los rostros vueltos hacia arriba no demostraron asombro. Pero

Francisco no respiraba. ¡Meliberto parecía un príncipe vestido del mismo color marfil que Etelvina! Y conducía su carro con mirada seria, tan seria, que parecía hipnotizado.

El dedo del Máximo comenzó a descender y el carro inició también su descenso. Como una imagen transparente casi al atravesar el aire, tocó suelo, mientras los dragones lanzaban llamaradas azules y se recostaban con las colas erizadas hacia lo alto.

Meliberto saltó del coche. Francisco lo vio caminar con las rodillas temblorosas hacia la novia que esperaba con una mano extendida.

Cuando llegó junto a ella, el Grande entre los Enormes bajó su puño, Arévalo se irguió aún más y Francisco levantó el almohadón.

Cuando el Máximo tuvo una sortija en cada mano, el coro de los sapos comenzó una canción muy suave, la canción de nupcias, más parecida al sonido de violines que a voces; más parecida a vientos y aguas que a violines.

La poderosa garganta carraspeó bajito, y acompañado de ese fondo tenue y afinado que subía y subía en sus tonos, cantó:

Que bailen las aguas... ¡ahá, ahá!
que rían las flores...¡ahá, ahá!
que crezcan los pastos
y rueden los soles.
Se casa una bruja...¡ahá, ahá!
merengues de luz...¡ahá, ahá!
y el que la desposa:
¡ENE TENE TU!

La palabra *ene tene tú* dio la orden a dos mozos que corrieron hacia ellos. Cada uno tomó una sortija, la colocó en el dedo meñique de la mano izquierda de los novios, e inmediatamente desaparecieron. Luego aparecieron, y volvieron a desaparecer.

—Ahora lloverá luz —susurró Etelvina sin soltar la mano de Meliberto que la miraba como si fuera una muñeca de porcelana.

Veinticinco mozos corrían con sus canastos llenos de luces movedizas hasta la orilla del pantano; iniciaron unos giros rápidos, tan rápidos, que de pronto se pensó que saldrían elevados o desaparecerían. Sus cuerpos ya no eran fideos, sino hilos; no eran hilos, sino líneas amarradas a canastos; hasta que... ¡pum! los veinticinco canastos se desprendieron y escaparon hacia el espacio junto a los cientos, cientos de miles de esferas de colores parecidas a globos rellenos de agua; que no era agua sino algo tan liviano que subieron y subieron y siguieron subiendo hasta tocar los filos de las estrellas. Algo sonó más fuerte que un trueno y... suave, lenta, gota a gota, llovió luz.

Francisco extendió sus manos para recibir los colores. Las cabezas brillaban y los brillos chorreaban, sin mojar, en hombros y brazos.

—¿Te gusta? —preguntó Etelvina. Su vestido se movía y saltaban las gotitas de luz hasta el suelo.

Francisco no podía ni responder. Hasta que de pronto salió de su embeleso, asustado:

—Etel, ¿cuánto falta para las doce?

—Algunos minutos, aún, mi pequeño. No te preocupes —respondió ella con una mirada algo triste.

El coro de los sapos comenzó una melodía animada; de las gargantas de los músicos salían unos gorgoritos muy rítmicos.

—¡A bailar, ahá, ahá! —gritó el Máximo, dando unos saltos increíbles con sus piernas kilométricas. Tomó a la reina por la cintura para dar el ejemplo.

Meliberto enlazó a su esposa y avanzó hacia el centro del jardín. Cuando todos levantaban el pie derecho y la mano izquierda para iniciar el baile de moda, un silbido largo y

69.

agudo que venía de arriba detuvo música y movimientos. Todos levantaron la cabeza.

Un pequeño carro guiado por un dragón adornado de cintas amarillas caracoleó antes de descender sobre la hierba. Y de un salto bajó una niña de ojos oblícuos y pómulos altos.

—¡Marisapo! —exclamó Etelvina.

La brujita esbelta caminó con timidez entre los invitados, sin despegar la mirada de su prima vestida de novia. Meliberto, algo incómodo, tragó saliva. Cuando llegó ante el grupo formado por el Gran Brujo, Arévalo, Meliberto, Etelvina y Francisco, se detuvo.

El silencio era tan grande, que hasta se podía escuchar la luz que llovía sobre los naranjos.

Marisapo fue la primera en hablar:

—Sólo vine a traerte mi regalo —balbuceó sin atreverse a mirar al Gran Brujo.

Se empinó hasta alcanzar la oreja de Meliberto que llegó a dar un salto, y algo cuchicheó. Meliberto dijo "sí" con la cabeza, esbozó una sonrisa de complicidad y hurgó en uno de sus bolsillos de seda. Cuando retiró la mano, mostró algo en la palma.

—¡Mi diente! —susurró la novia, y encajó la lengua en el hueco de la encía, por instinto.

Marisapo pareció empequeñecer de humildad:

—He practicado para hacer el bien desde que... Por favor, prima, coloca el diente donde antes estuvo.

Etelvina obedeció. Sus dedos se juntaron mucho para cogerlo y luego se alzaron hasta los labios.

—Sostenlo con suavidad —musitó Marisapo.

Reina, Gran Brujo, invitados, mozos-fideos, Momo y su bandeja, todos miraban sin hablar. Y Marisapo, como repitiendo una lección trabajada con mucho esfuerzo, recitó con voz pausada y tan suave que todos llegaron a empinarse para no perder ni una sílaba:

Merengue, merengue
la E del amor
pronuncio esta noche
y pido perdón.
Merengue, merengue
lo que un día fueron
con E de sonrisas
quiero convertir
en pura alegría
para ser feliz.

El diente se movió en el hueco de la encía y encajó como en tibio nido.

—¿Resultó? —Marisapo abrió un ojo.

—Sí, resultó —respondió la princesa bruja.

Extendió sus brazos y la prima de ojos gatunos corrió a refugiarse en ellos.

—¡No podía sonreír! ¡Ni en sueños pude sonreír! —sollozó contra un hombro huesudo de Etelvina.

El Grande entre los Enormes carraspeó, incómodo:

—¡Basta de numeritos dramáticos! ¿Qué sucede con la música?

Los sapos dejaron de contemplar la escena y Celso, con un brinco de sus patas traseras, dio el impulso necesario para reiniciar el canto.

Francisco no lo podía creer: Marisapo, la prima celosa, tramposa, egoísta y vanidosa... ¡arrepentida y humilde! La vio besar a la princesa en ambas mejillas y correr hacia su coche con piernas livianas y ojos plácidos. El dragón de cintas amarillas despertó con los párpados brillantes de luz, y se elevó a coletazos entre la lluvia de colores.

El niño cogió un extremo del traje de la novia y lo tironeó con suavidad para llamar su atención. Etelvina, con una sonrisa grande y blanca, respondió sin que fuera necesario preguntarle nada.

70.

—¿No crees que el perdón es mejor que el castigo? ¿No te gusta este final de cuento?

Francisco le devolvió la sonrisa. Su mano no soltaba el vestido. Y cuando lo hizo, un pedazo de género estaba adherido a sus dedos.

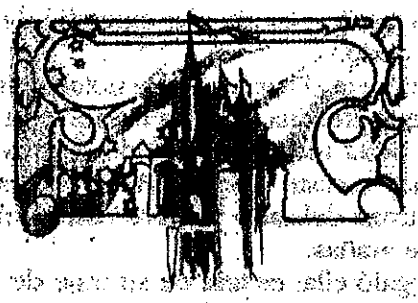
—¡Etel, rompí tu traje de novia! —gimió.

—No, mi amor, yo quise dejarlo en tu mano. Es para que rememores que gracias a ti esta boda fue posible —susurró con mirada extraña.

Entonces lo tomó en sus brazos. Lo apretó contra su pecho, y lo besó en las mejillas, en los ojos, en la frente, mientras los sollozos se mezclaban con el violín de las voces del pantano. Las manos de la bruja acariciaron los cabellos de Francisco y sus labios musitaron una y otra vez:

—Mi niño, mi pequeño niño... oh, pequeño amigo mío. Toma, este beso para Claudita, este para Sebastián, y para tu mamá, otro grande. A la señora Marta otro, a tu papá también... Diles que siempre estarán en mi corazón. Y que la familia de los Berto existirá en tu tiempo sólo porque se juntó mucho, mucho amor. Gracias, mi niño del siglo XX.

Francisco, llorando fuerte, vio a la reina Arévalo mover sus labios azules, alcanzó a ver un relampagueo triste del Grande entre los Enormes, el pestañeo de adiós de Meliber-



to, los cientos de invitados que bailaban con el pie derecho y la mano izquierda en lo alto, a Momo agitando su bandeja... Alcanzó a mirar la figura delgadita vestida de novia, y el torbellino le envolvió la cabeza.

EL REGRESO

Cuando abrió los ojos, su dedo índice oprimía el timbre de la casa y su cuerpo se movía entero por los sollozos.

La abuela Marta desde adentro gritó:

—¡Ya escuché, ya escuché!

Abrió la puerta.

—¿Viene llorando, hijito?

Francisco trató de controlarse, pero no pudo.

Abrazado a su abuela, lloró hasta que Claudia, atraída por el ruido, despertó de la siesta.

—¿Qué pasa? ¿Encontraste a Etel? ¿Dónde está Etel? ¿Por qué lloras?

No dejó de preguntar hasta que llegó al primer piso.

El niño trataba de serenarse. Debía ser muy cuidadoso en todo lo que dijera. Podían creerlo loco, sobre todo si la abuela contaba a sus papás que venía llegando del siglo XV... ¿Y dónde estaban sus papás? ¿Qué hora era? Recordó: el papá estaba en la oficina, y la mamá...

—Tu mamá está en clases de pintura. No quiso faltar el primer día. Así que estoy convertida en la niñera de ustedes por algún tiempo. Dijo tu mamá que si volvía Etelvina podía ir a la plaza. Pero veo que no la encontraste —la abuela hablaba aparentando indiferencia, pero pestañeaba rápido y le daba golpecitos en la mano.

Francisco ya sabía qué decir.

—Etel fue hasta la casa de Roberto, el artesano. Y luego, regresó a su propio hogar...

—¿Se fue? —la niña abrió mucho los ojos.

—Sí, la mandó a llamar su mamá.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la señora Marta.

—Porque... porque yo mismo la acompañé.

—¿Hasta su casa? —se sorprendió la señora.

—No es lejos: en unos minutos estuvimos allá.

—Pero, ¿por qué se tuvo que ir? —insistió Claudia, abrazada a la abuela, y con la vista fija en los tres árboles del patio.

—No estés triste: ella ahora es feliz, muy feliz —explicó Francisco, más tranquilo—. Extrañaba mucho a su novio, el parecido al artesano.

—¿El famoso Meliberto? —preguntó la señora Marta.

—¿Cómo sabía usted de él? —se asustó Francisco.

La abuela se sorprendió ella misma de sus palabras... Ahora no sabía si Etelvina era Malvina, la del cuento... Nunca pudo imaginar a esa princesa de fantasía con otra cara sino con la de Etelvina... Movió la cabeza, para alejar unos pensamientos locos que se le venían a la mente. Pero, ¿no había dicho Francisco algo sobre un Meliberto de verdad, parecido al artesano? No entendía nada. Pero sentía algo parecido a la pena.

Francisco tenía en sus manos un trozo de tela como espuma.

—¿Qué es eso? —la abuela extendió la mano para tocarlo con un dedo.

El niño sintió que el corazón se le notaba en los ojos. ¡No podía explicar que Etelvina se había casado con Meliberto en dos horas, con fiesta incluida y vestido de novia!

—¿De dónde sacaste esa maravilla? —insistió la abuela al examinar el trozo delicado y suave con bordados parecidos a patitas de arañas.

—Me lo regaló ella: es tela de su traje de novia.

—¿Se casa? ¿Entonces se casará con Meliberto? —aplaudió Claudia.

—La gente que se quiere siempre se casa —respondió Francisco, cuidadoso con sus palabras.

Francisco recuperó su pedazo de tela, y lo guardó en el bolsillo.

Cuando subía a su dormitorio, seguido de Claudia, recordó:

—Abuela: Etel te envió un beso de despedida.

—Gracias, hijo. Pero, ¡tú no has almorzado aún!

—Sí, abuela: almorcé en el cast... en la casa de Etelvina.

La abuela se dedicó a ordenar la cocina mientras pensaba en que era muy raro que Francisco hubiera hecho tantas cosas en sólo dos horas. Y su ceño estuvo muy fruncido hasta que terminó de lavar los platos.

Al anochecer, Francisco entró al dormitorio de su hermana.

Abajo aún se escuchaba la conversación de sus padres y la abuela que los ponía al día acerca de las novedades.

Claudia, sentada en su cama, suspiró fuerte para atraer la atención de su hermano.

—¿Qué te pasa?

—Extraño a Etel. Me gustaría que estuviera aquí, contándonos el final de la Princesa Bruja —su carita redonda se entristeció.

Francisco miró las estrellas tan parecidas a las que vio en el siglo XV. ¿Qué sería de la princesita Bruja? Ya habían pasado cuatro siglos y medio, ya había vivido su historia completa.

—Puedo seguir el cuento: sé como termina —susurró.

—¡Cuéntamelo! ¡Y déjame tocar ese trozo de tela de su vestido de novia!

Francisco lo sacó de su bolsillo. Claudia lo vio flotar en el aire y se acomodó para escuchar mientras sonreía.

—Prepárate: en el cuento aparece otro personaje.

—¿Grande o chico?

—Chico.

—¿Un enano?

—No, un niño.

—¿De qué edad?

—Once años.

—¿Como tú?

—Sí, imagínalo igual a mí.

—Bueno.

Francisco comenzó a contar. El murmullo de su voz parecía un concierto de sapos a la orilla de un pantano. A medida que el cuento avanzaba, los ojos de Claudia se iluminaban como si lloviera luz desde el techo. Y cuando la voz se hacía más y más suave, la habitación se fue llenando de dulces sombras azules.